

BIBLIOTECAS POPULARES
CERVANTES

C. I. A. P.

Y 5572

67-134279

CB-365686

Sig-2654

Reg. n.º 4304

Todo me ha dicho ya,
pero envíeme por
una muestra medita
a los temas diversos.

Antonio Noble

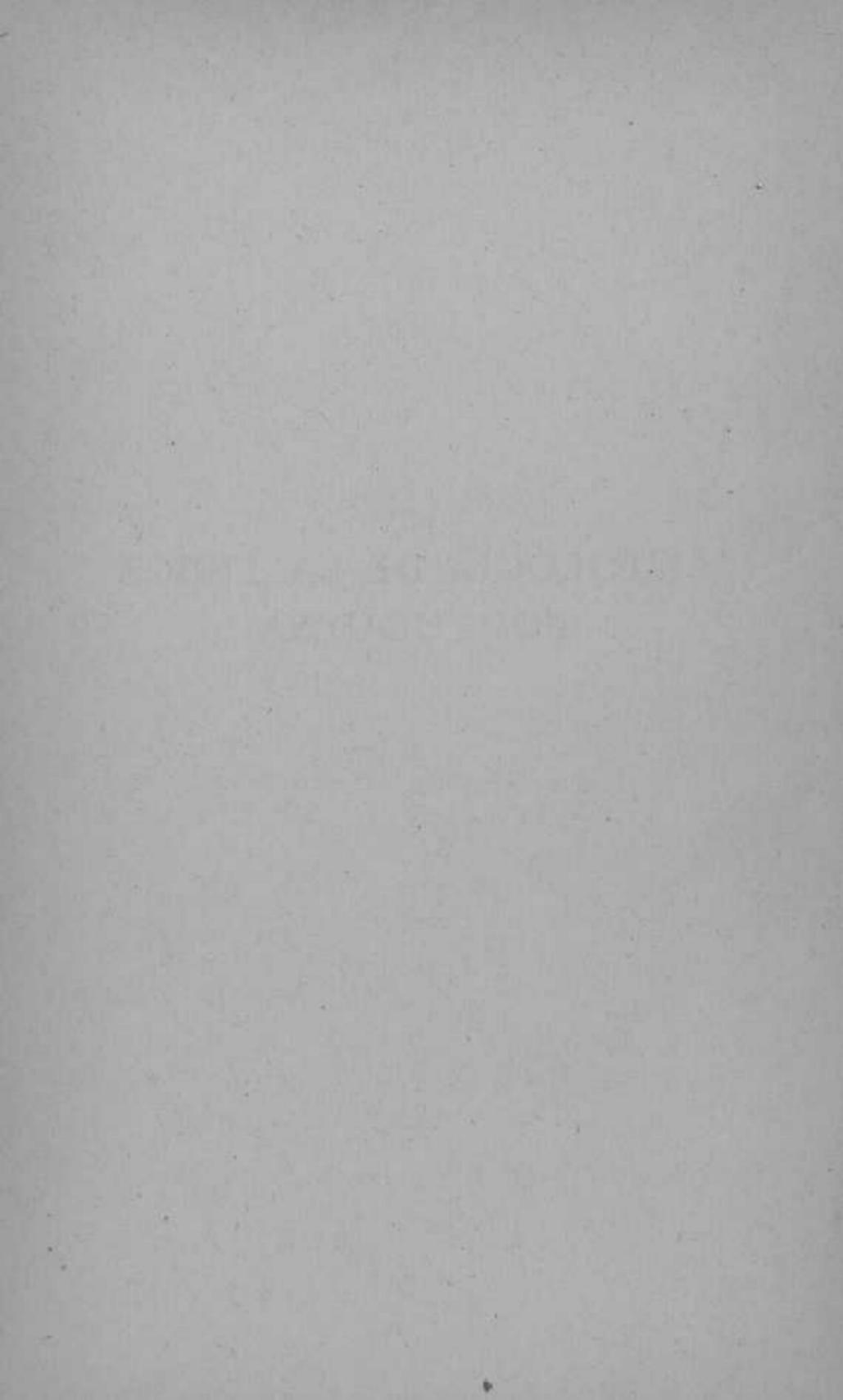
Envío: A la tema. Sicutaein
Palencia

DEPOSITO



10000365686

ANTOLOGIA DE LA LIRICA
PORTUGUESA



PROLOGO

Puede decirse que la literatura portuguesa nace con la monarquía lusitana, hasta tal punto, que son los principales acontecimientos políticos los que originan y determinan los más señalados acontecimientos literarios. Considérese cómo por el matrimonio de Alfonso Enriquez—el padre de la nacionalidad—con Doña Mafalda, la hija de Amadeo II, conde de Saboya (primer paso en la vida internacional del nuevo reino), vienen a Portugal muy insignes trovadores de la Provenza, de cuya Corte era Saboya feudataria, y se tendrá una prueba evidente de lo escrito; y anotado queda, de paso, que apenas nace a la luz la poesía lusitana, una absorbente influencia provenzal pesa sobre ella, en una amalgama que da de sí las más espléndidas y luminosas muestras, y esta influencia se mantiene hasta el reinado de Fernando I (1367-1383), de cuyas características no he de ocuparme, por la brevedad que deseo dar a este prólogo. Baste saber que la figura central de este primer período es, sin disputa, el Rey Don Dionís

(1279-1325), el discípulo de Aymeric d'Ebrard el iniciador y director de las cuidadas traducciones de nuestras Siete Partidas y de la Crónica General de España. Su Corte fué el foco de una intensísima actividad literaria; su nombre, la clave del gran arco de la poesía trovadoresca, bajo el cual el reino portugués entra en la vida de la literatura. Debe recogerse de este monarca, como muy digno de ser notado, el cancionero de Louroes da Virgem Nossa Senhora.

A su lado colocaremos los nombres de sus hijos Don Alfonso y Don Pedro, el llamado conde de Barcelos, cuyo título logró inmortalidad, y los no menos célebres de aquellos otros trovadores que se llamaron Vasco Gil, Pai Soares de Tareiros, Martín Soares, Pero Velho, Joan de Guillade, Fernández Torneol, Martín Codax, López Bayam, Pero Marinho, Lobeira, y tantos y tantos más, nacidos muchos de ellos en Galicia. Sus trovas han sido clasificadas en Cantigas de Amor, de Escarnio, de Amigo, etcétera, las cuales fueron recogidas en su mayor parte en los nunca bien léidos Cancioneros, de los cuales son los más notables y conocidos, el de Ajuda, o del Colegio de Nobles, publicado por vez primera por Carlos Stuart de Rothesay, embajador inglés en Lisboa, en una preciosa edición de veinticinco ejemplares, y luego dado

a conocer verdaderamente por el erudito Francisco Adolfo de Varnhagen (1816-1878), y, con mayor erudición, por la llorada e insigne doña Carolina Michaélis. El de la Vaticana fué hallado en la biblioteca del mismo nombre, dado a conocer por Wolf y estudiado detenidamente por el profesor Monaci. Y el de Colocci Brancuti, encontrado en la rica biblioteca del conde Brancuti por el profesor Corvisieri y publicado por Monaci. El valor de estos cancioneros no necesita ponderación; ellos condensan y reflejan el sentir de una época, la manera de una escuela, los primeros pasos de una lengua que más tarde había de recorrer, civilizadora, el mundo entero.

Aparte merecen citarse las leyendas comprendidas en los ciclos Carolingio, Bretón, Grecolatino y el llamado de los Amadises.

Sigue a los cancioneros citados el de Resende—el amigo y servidor de Don Juan II—, poeta, músico, dibujante y cronista, que, al decir de Francisco de Viveiro,

tanje e canta muito bem
e debuxará alguem.

Resende es el ordenador del Cancionero General, publicado por primera vez en 1516 e inspirado, sin duda, en el de Hernando del Castillo, dado a luz en 1511 en Valencia, a través

*del cual la poesía castellana influye sobremane-
ra en la portuguesa. En el cancionero de Re-
sende o General, se resume la obra de los llama-
dos poetas palacianos, inferior poéticamente a
la de sus predecesores, pero de insuperable va-
lor histórico. Nombre insigne en esta época es
el del condestable don Pedro, el autor de la
Satyra de felice e infelice vida, a quien nuestro
admirable marqués de Santillana dirigió el fa-
moso "Proemio".*

*Y entramos ya en el espléndido siglo XVI,
el siglo romántico por excelencia, en el cual cul-
mina la silueta adorable del infeliz Rey Don
Sebastián, que murió*

tendo sempre na memoria
o que lhe o seu esforço prometia,

*muerte tras la cual Portugal pierde su indepen-
dencia (Felipe II), pero después de haber dado
al mundo los ejemplos más elocuentes de abne-
gación, fe y heroísmo.*

*La poesía de esta época se divide en épica,
lírica y dramática. Al frente de la primera va
escrito el nombre inmortal y glorioso de Ca-
moens, nombre con el que también podemos en-
cabezar la poesía lírica (véase Sonetos de amor),
y, al frente de la épica, el de Gil Vicente.*

De Camoens poco nuevo puede escribirse,

porque está dicho todo; baste recordar del inclito autor de Os Lusíadas que en Macao fué el "proveedor mayor de difuntos y ausente"; que estuvo desterrado en Goa; que naufragó en las costas de Cambodja, salvando milagrosamente su preciado manuscrito; que recorrió Mozambique; que volvió a Lisboa pobre y triste para vivir gracias a las limosnas que le recogía en las entradas de las iglesias un fiel esclavo traído de Oriente, y que, al morir, escribió a D. Francisco de Almeida, al tener noticia del desastre de Alcázarquivir:

Fui tam afeiçoado a minha patria, que nao me contentei de morrer nela, mas com ela.

Como poeta lírico, ¿quién no recuerda aquel

Sete annos de pastor Jacob servía...?

Y aquel otro soneto, que comienza:

Busque o Amor novas artes, novo enganho.

Aquel Camoens de la

Vida

mais desgraçada que jamais se viu,

el enamorado de Natercia—bien doña Catalina de Ataide, bien la hermosísima infanta Doña María, hija de Don Manuel I—, tengo para mí que es superior al épico que cantó el pecho ilustre lusitano navegando por los mares desconocidos en la titánica empresa de los descubrimientos.

Después de Camoens, merecen citarse Jerónimo Corte Real (1533-1588), el autor de Segundo cerco de Diu, estando Joao de Mascarenhas por capitao da fortaleza; de la Austriada y de otras obras más; Pereira Brandao (1540-?), autor de Elegiada; Francisco de Andrade (1540-1614), autor de Primeiro cerco de Diu.

En la poesía lírica es indispensable citar a Bernardino Ribeiro (1482-1552), el delicado autor de Menina e Moça, un tiempo incluída bajo el peso de los castigos inquisitoriales, obra que, por su candor, su sentimiento, la pureza de su lenguaje, su ternura, debe ser considerada como modelo. A Cristovao Folcao (1515-1558) cuya égloga Cristal parece reflejar el más enteneceador pasaje de su vida, cual es el de sus turbulentos amores; Sá de Miranda, autor de precisos sonetos, canciones y elegías, de quien dijo Garret que “filosofó con las musas y poetizó con la Filosofía”; Antonio Ferreira (1528-1569), insigne autor de Castro—pasión y muer-

te de la infeliz y desdichada gallega, esposa del Príncipe Don Pedro—, de no pocas odas, églogas y epístolas, que le dieron el dictado de “Horacio portugués” y que fueron publicadas, en su mayor parte, bajo el título de Poemas Lusitanos; Pedro de Andrade Caminha (1520-1589) el enemigo de Camoens; Diego Bernardes (1520-1605), cantor excelso del Lima, autor de Varias rimas ao Bom Jesús y Flores do Lima. Y varios nombres más.

La poesía dramática casi puede resumirse en Gil Vicente (1470-1540), “el Plauto portugués”, cuya obra ha sido cuidadosamente estudiada por doña Carolina Michaélis y otros sabios investigadores, y puede clasificarse en: autos en portugués, tales como Barca do Inferno, Exhortação da guerra, Velho da Horta, Resurreição y Feira; autos en español, como Reyes Magos, Amadís de Gaula y Visitación, y autos bilingües, como Floresta de Engaños, Auto de Festa, Inés Pereira, Juiz da Beira y Templo d’Apolo. La obra de Gil Vicente, en fondo y forma, ofrece una extraordinaria multiplicidad de aspectos, sobre los que domina una marcada influencia del gusto español y un fortísimo espíritu portugués.

A la escuela vicentina pertenecen: Antonio Riveiro, Chiado, Alfonso Alvares, Antonio Piestes, Baltasar Dias y algunos más. De los

citados, deben ser recogidas sus obras Auto d'el Rei Seleuco, S. Tiágo Apóstol, Dous Irmaos y Santa Caterina y Nacimiento de Cristo, respectivamente.

El siglo XVII se caracteriza en la literatura portuguesa por una poderosa influencia de España, justificada con la anexión de Felipe II y la torpe política de sus sucesores en el trono de Isabel la Católica, y ha producido, entre otras notables manifestaciones de cultura, las Academias, entre las que alcanzaron singular nominación la de los Anónimos u Ocultos, la de los Generosos y la de los Singulares, amén de otras, como la Real de la Historia, la Instantánea y la de los Solitarios. Es el siglo del Tratado de Wetsfalia, de las victorias de Gustavo Adolfo, del reinado de Luis XIV y del gobierno del cardenal Richelieu, cuya recia figura, erguida sobre la Península, señala el origen de nuestra decadencia; pero también es el siglo de Molière y de Corneille, de Hoffman y de Milton, de la deliciosa madame de Sevigné y de nuestros gloriosos Calderón, Lope y Quevedo. En el Parnaso portugués florecen los líricos Francisco Manuel de Melo (1608-1666), autor de Segundas tres musas do Melodino; Francisco Rodrigues Lobo (1580-1622), autor de uñas preciosas Eglogas; Manuel de Veiga, Tagarro, Antonio de Fonseca, Fray Bernardo de Brito y

otros; los poetas épicos Gabriel Pereira de Castro (1571-1632), autor de *Uliséa* ou *Lisboa* edificada; Francisco de Sá de Meneses, autor de *Malaca* conquistada; Antonio de Sousa de Macedo, Blas García de Mascarenhas, que escribió el *Viriato* trágico, y otros; y los poetas satíricos Antonio Serrao de Castro (1610-1684), Diego de Sousa, del cual se recuerda la *Jornada* as córtes do Parnaso, y Tomás de Noronha, el llamado *Marcial* de Alenquer.

El siglo XVIII, cuyo claror tiene a veces el crepitar de las fogatas en las fiestas rurales, otras la amable dulzura de las brasas en cuyo alrededor las veladas se hicieron confidencia, y otras la asfixia deslumbrante de los incendios; el siglo de D. Ramón de la Cruz y de Fontainebleau y del cadalso de Luis XVI; el siglo de la Francia multicolor, en cuyo tapiz se trenzaron figuras de damas adorables, mariscales con voz de tenor y jacobinos aguardentosos; cisnes immaculados en los lagos quietos, entre la umbría de los rosales, y brujas aguileñas tiñendo calcetines en la sangre, perfumada de ambar, de las duquesas desventuradas. ¡Siglo inolvidable de Schiller y de Mirabeau!

En sus primeros años, la poesía continúa en el mismo estado de decadencia que la caracterizó

en los últimos tiempos de la anterior centuria; la influencia francesa, que empezara a sentirse con la traducción que el conde de Ericeira hiciera del Arte Poética de Boileau, se afianza y amplía en tal manera, que llega a dominar por completo en el campo literario. Para comprender el verdadero carácter de esta época, basta ver el admirable retrato que en el Verdadero Método de Estudiar pinta Verney, uno de los espíritus más interesantes de su tiempo.

En este siglo descuella principalmente un poeta—Bocage (1735-1805)—, cuya vida, plena de tan alucinantes ilusiones y trágicas realidades, se resume en aquel soneto en que escribía:

Oh! Se me creste, gente impía,
rasga meus versos, cré na eternidade.

El genial sonetista, el improvisador admirable, el enamorado de doña María Vicencia, es uno de los mejores poetas que ha producido el Parnaso portugués. A su lado deben ser citados los nombres de Correa Garçao (1724-1772), el prisionero del temible marqués de Pombal; Domingo dos Reis Quinta (1728-1770), autor de tan bellas tragedias; Antonio Dinis de Cruz e Silva (1731-1799), para quien Garret tuvo elogios tan entusiastas; José Agostinho de Ma-

cedo (1761-1831), cuya pluma, llena de hiel, tantos odios despertó; Tolentino de Almeida (1741-1811), el gran satírico; Francisco Manuel do Nascimento (1734-1819), y las señoras marquesa de Alorna y vizcondesa de Balsemao, de tan grato recuerdo. También merecen ser citados—pues si bien no nacieron en Portugal, escribieron en portugués—José Basilio da Gama (1740-1795), José de Santa Rita Durao (1722-1784), Antonio Pereira de Sousa Caldas (1762-1814), y Tomás Antonio Gonzaga.

El siglo XIX—el de Espronceda y Bécquer, el de Lamartine y Alfredo de Vigny, el de Nietzsche y Schelling, el de Byrón y Carlyle, el de Sienkiewiez y Andersen—produce tres movimientos poéticos esenciales: el romántico, el pesimista y el filosófico.

Caudillos de la primera escuela son Antonio Feliciano del Castillo (1800-1875), Alejandro Herculano (1810-1887), y Almeida Garret (1799-1854); de la segunda, Juan de Deus (1830-1896) y Antonio Nobre, y de la tercera, Antero de Quental (1842-1892). Los más trascendentales, porque fueron los que más arraigaron en el país, son los poetas románticos y los pesimistas; aquéllos, buscando al desaparecido de Alcázarquivir, viendo aún camino de las In-

días las carabelas con el pendón de Cristo, recordando las mágicas leyendas de los imponentes castillos feudales; éstos, llorando sin cesar propias y ajenas desventuras con desgarrados acentos de agonía, en libros que, aun en manos del hombre más escéptico, arrancan lágrimas y anegan en llanto el corazón. Poetas que, al recuerdo de una patria gloriosa como pocas y a la vista de otra como pocas víctima de amarguras infinitas, sintieron la tragedia de un presente oscuro frente a un pasado luminoso, y cantaron con sonos de gemido y visiones de desilusión, porque vieron al lusitano,

que veu de tao longe coberto de pó
 que nao ama nom é amado,
 ¡lugubre outomno no mez d'abril!
 ¡qué triste foi o seu fado!
 antes fosse p'ra soldado,
 antes fosse p'ro Brazil...

como lloró el genial poeta de Só.

Entre románticos y pesimistas oscila en todo el pasado siglo la poesía del país hermano; las formas mas irreales de la irrealidad, las últimas formas que puede concebir la imaginación en los dos sentidos más opuestos, porque el uno es creencia y el otro incredulidad, porque el uno su-

pone mirar a lo alto y el otro enterrar la mirada en lo más negro y hondo del espíritu—que es la profundidad suma—, porque el uno supone romper los moldes para la nueva edificación y el otro pulverizarlos en vendavales de angustia. Por eso la poesía—que siempre refleja la vida política de un pueblo—en este caso concreto la resume con claridad insuperable; esta inquietud y esta deformación hacia rutas extremas y antagónicas son análogas a las que sentía el país entre las aspiraciones y el credo legitimista y el anhelo liberal de los constitucionales, entre los absolutistas y los precursores del régimen republicano, entre los que habían derrotado y aniquilado a las huestes de Napoleón y los que iban a buscar a Francia ejemplos en que basar la restauración de la raza. En la realidad, como en la ficción, en el mundo de la materia como en el del espíritu, en las altas esferas del arte como en el campo de la vida ciudadana, falta el término medio, falta la forma equidistante, falta la trayectoria de la serenidad, a la que sólo llega a veces el formidable sonetista Antero de Quental.

Es preciso que andemos algunos años más para encontrar la recia figura de un poeta verdaderamente universal: Guerra Junqueiro. Su

obra tiene todo género de matices, está esmaltada de los más diversos colores, ofrece las más varias perspectivas, se acusa en las aristas más diversas, tiene las más sorprendentes policromías. Escéptico unas veces, crédulo otras; caústico en unos momentos con los trallazos más hirientes, en otros lleno de ternura hasta desbordarse en cordialidad; frío y apasionado; recogido en sí, en los más misteriosos silencios, o dándose en alma y vida, como queriendo deshacer su espíritu en el amor a todas las cosas; esperanzado y desilusionado; confiado y receloso; errante como una sombra que quisiese pertenecer a todos los pedazos de la tierra, y tímido y recogido como un ave de alas cortadas, en la estrechez de la heredad. De sus obras, son las más conocidas las Oraciones, La Vejez del Padre Eterno, y, sobre todo, Os Simples, la página de más ternura que se escribió en el mundo latino.

De otros poetas contemporáneos, vivos o muertos, merecen citarse: Antonio Sardinha, el hispanófilo entusiasta autor de Na corte da Saudade, que en Alança Peninsular rindió a nuestra patria los más fervorosos homenajes; Eugenio de Castro, el cincelador primoroso de O Rei Galaor, de Belquis y de Constanza; Teixeira de Pascoaes, el formidable cantor del Marao, autor

de As sombras y Verbo Escuro; Augusto Gil, el maravilloso poeta de Alba Plena y Juan de Janeiro; Correa de Oliveira, autor de sonetos magníficos; Paço d'Arcos, uno de los espíritus más interesantes de la juventud actual, y cien y cien más.

He aquí, en brevísima síntesis, cómo ha evolucionado la poesía portuguesa a partir de don Alfonso Enriquez.

* * *

Rafael Martín Manrique, hombre de suficiente solvencia intelectual y de reconocidos merecimientos literarios, echó sobre sí la abrumadora y ejemplar empresa de dar a conocer en español una verdadera antología de la poesía portuguesa. Realmente todos deseábamos este libro, que con tan singular acierto llevó a cabo, el cual llena una de las lagunas más injustificables de nuestra actual producción bibliográfica.

Poco puedo decir del esmero con que han sido vertidos al castellano la mayor parte de los originales portugueses, pues la leal amistad que me une al Sr. Martín Manrique desearía, por parciales, a que no por injustos, mis elogios más sinceros. Por otra parte, en las aulas—que es el lugar más apropiado—el joven escritor demostró de manera indudable su gran prepara-

ción en estudios de Filología lusitana, los cuales le capacitan sobradamente para abordar temas de esta índole.

Plácemes merecen los esfuerzos realizados por editores y traductores en la publicación de esta Antología de la lírica portuguesa, a la que espera—si Dios quiere—el éxito más completo y el triunfo más rotundo.

ALVARO DE LAS CASAS.



ROMANCES TRADICIONALES

Ruy Cid e o Rei Bucar

“¡Ay Valencia, ay Valencia!
¡Seas por el fuego acabada!
¡Primero fuiste de moros
que de cristianos tomada!
¡Ay Valencia, ay Valencia,
a pesar de estar guardada,
antes que pasen tres días
de moros serás cercada!”
“Vístete, hija querida,
vístete de oro y de plata;
vé a entretener a aquel moro,
entreténle con palabras.
Que las palabras sean pocas,
pero muy bien empleadas;
palabras que le dijeres
vayan de amor impregnadas.”
“¡Bien venido seas, buen moro,
mejor sea tu llegada!

¡Hace siete años, buen moro,
que estoy de ti enamorada!”

“Y yo van para los ocho
que por vos ciño la espada.”

“Si por mí la espada ciñes,
yo quiero irme en tu compañía.”

“Si así lo hiciérais, señora,
quizá que no os pesara;
seríais reina de moros
allá en mi tierra estimada.”

“Si por mí la espada ciñes,
no digas que te fuí falsa;
que veo venir de lejos
caballeros con sus armas.

Al frente de ellos va un hombre,
corriendo la cabalgada,
que me parece mi padre.”

“Yo no temo a la mesnada
ni las armas que trajeren.”

Llegada la cabalgada,
el moro huyendo se marcha.

“¡Válgame el Dios de los moros,
porque mi suerte está echada!”

“Tu suerte está, perro moro,
en nuestras manos, y nada
te ha de valer que te alejes.

Te sigue la cabalgada,
compuesta de los mancebos
más briosos de mi raza.”

“¡Oh, maldito sea el barquero!
La barca no está en el agua,
y la hora de mi muerte
está para mí llegada.”

M. M.

Conde Ninho

Allá viene el Conde Nuño,
va su caballo a bañar;
mientras el caballo bebe,
él entona este cantar:

“Bebe, bebe, mi caballo,
que Dios te habrá de librar
de los trabajos del mundo,
de las arenas del mar.”

“Despierta, bella princesa,
que lindo es ese cantar.

¿Son los ángeles del cielo,
o las arenas del mar?”

“No son ángeles del cielo,
ni arenas del mar serán:
es el Conde, el Conde Nuño;
conmigo quiere casar.”

“Si él quiere casar contigo,
yo lo mandaré matar.”

“Cuando le dieres la muerte,
a mí muerte me has de dar;
que a mí me entierren afuera,
y a él al pie del altar.”

Murió el uno y murió el otro,
juntos los van a enterrar;
brotó de un sepulcro un pino,
del otro un lindo pinar;
creció el uno, creció el otro,
y sus ramas al juntar
cuando el rey iba a la misa
no le dejaban pasar.
Viendo esto el rey, indignado,
luego los mandó cortar.
¡De uno brotó blanca savia
y del otro sangre real!
De aquél huyó una paloma,
de éste un palomo torcaz;
en el hombro del monarca
se venían a posar.
“¡Malhaya tanto querer
y malhaya tanto amar;
ni en la vida, ni en la muerte,
nunca os pude separar!”

M. M.

A nau Catrineta

¡Es la nave Catrineta
la que acaba de arribar!
Oíd una historia de ella
que os tiene que admirar.

Hacía ya más de un año
que iban a merced del mar;
los víveres les faltaban,
sin la esperanza de dar
con tierra, y para comer
pusieron suela a mojar;
más su repulsión vencía
la cruel necesidad.
Echaron a suerte entonces
cuál se había de matar,
y la suerte le fué adversa
al capitán general.
Sube, marinero, sube
las jarcias del mástil real,
por si ves tierras de España
o playas de Portugal.
“No veo tierra española,
ni nuestra tierra natal;
sólo veo siete espadas,
que buscándonos están.”
“¡Arriba, arriba, gaviero!
Mira desde el tope real,
a ver si oteas España
o descubres Portugal.”
“¡Albricias, capitán mío,
mi capitán general!
Ya veo tierras de España,
arenas de Portugal,
y observo que hay tres mujeres

debajo de un naranjal.

Una sentada a coser,
otra ante la rueca a hilar,
y la más bella de todas
en medio llorando está."

"¡Todas tres son hijas mías!
¡Quién las pudiera abrazar!

La más hermosa de todas
contigo la he de casar."

"No he de querer a vuestra hija
que a vos os costó criar."

"Te daré tanto dinero,
que no lo puedas contar."

"No quiero dinero vuestro,
que a vos os costó ganar."

"Te doy mi caballo blanco.
Nunca hubo corcel igual."

"Guardáos vuestro caballo,
que vos supísteis domar."

"Mi navío Catrimeta
te doy para navegar."

"No quiero vuestro navío,
que no lo sé gobernar."

"¿Qué quieres tú, mi gaviero?
¿Qué premio te voy a dar?"

"Capitán, quiero tu alma;
quiero tu alma, capitán."

"¿Con que me estabas tentando?
¡Reniego de ti, Satán!

Mi alma es de Dios solamente;
mi cuerpo lo doy al mar.”
Pero al hundirse en las aguas
surgió su ángel tutelar,
en contra del ángel malo,
que maldijo cielo y mar,
a la noche Catrineta
estaba en tierra a varar.

M. M.

Da doncella que foi a guerra

“Pregonadas son las guerras
entre Francia y Aragón.
¡Ay de mí, que ya soy viejo,
guerras conmigo no son!
Siete hijos tengo, y ninguno
de los siete ser varón.”
Al escuchar sus palabras,
responde la hija mayor:
“Vengan armas y caballo,
que yo seré hijo varón.”
“Tienes los ojos muy vivos,
y serán tu delación.”
“Cuando pase ante el ejército
bajaré los ojos yo.”

“Tienes los hombros muy altos,
y serán tu delación.”

“Vengan armas, que mis hombros
bajarán a su presión.”

“Tienes los pechos muy altos,
y serán tu delación.”

“Venga jubón apretado,
que basta con el jubón.”

“Tienes la mano pequeña,
y será tu delación.”

“Traigánme guantes de hierro,
que oculten su dimensión.”

“Tienes los pies delicados,
y serán tu delación.”

“Calzaré botas, y espuelas
llevaré haya lucha o no.”

“Padre y señor, madre mía,
grande ha sido mi dolor,
los ojos de don Martino
son de mujer, de hombre no.”

“Invítadle, hijo querido,
para ir al pomar con vos,
que si es mujer, la manzana
será su predilección.”

La doncella, por discreta,
unos camuesos cogió.

“¡Oh qué bellos los camuesos
para un perfecto varón!

¡Lindas manzanas; para una
mujer las llevara yo!”

“Padre y señor, madre mía,
grande ha sido mi dolor;
los ojos de don Martino
son de mujer, de hombre no.”

“Invítadle, hijo querido,
para ir a comprar con vos,
que si ella es mujer, las cintas
serán su predilección.”

La doncella, por discreta,
una espada se compró.

“¡Oh qué bella espada es ésta
para un hombre como yo!
¡Lindas cintas para damas;
para ellas mucho lo son!”

“Padre y señor, madre mía,
grande ha sido mi dolor;
los ojos de don Martino
son de mujer, de hombre no.”

“Invítadle, hijo querido,
para que coma con vos;
si es mujer, el escabel
será su predilección.”

La doncella, por discreta,
una alta silla eligió.

“Padre y señor, madre mía,
grande ha sido mi dolor;
los ojos de don Martino
son de mujer, de hombre no.”

“Invítadle, hijo querido,
para que nade con vos,
que si es mujer, de seguro,
lo impedirá su pudor.”

La doncella, por discreta,
a desnudarse empezó.

Trájole una carta un paje;
después de leerla, lloró.

“Nuevas me llegan ahora,
nuevas muy tristes, señor.

Mi madre ha muerto, y mi padre
muriendo está de dolor.

Las campanas de mi tierra
oyendo doblar estoy,
y escucho a mis dos hermanas,
que están llorando las dos.

Monte, monte, caballero,
si quiere venir en pos.”

Llegan a un amplio palacio,
se apean allí los dos.

“Señor padre, os traigo un yerno
que el alma me conquistó.

Mi capitán fué en la guerra,
en ella me habló de amor,

y si aún me quiere a estas horas,
debe decíroslo a vos.

¡Siete años anduve en guerra
haciendo de hijo varón,
y de todo el que me ha visto,
tan sólo el me conoció!

¡Me conoció por los ojos,
que por otra cosa, no!”

M. M.

Flores e Brancaflor

“¡A la guerra, musulmanes!
¡Traedme cristiana cautiva!
¡Unos van mar hacia dentro;
otros por tierra caminan;
¡Tráiganme mujer cristiana,
que es para nuestra reina!”

Unos van mar hacia dentro,
otros por tierra caminan;
los que fueron mar adentro
no encontraron la cautiva,
mas mejor suerte tuvieron
los que por tierra corrían.
Dieron con el Conde Flores;
venía de la romería,
romería de Santiago,
Santiago el de Galicia.

Mataron al Conde Flores,
la Condesa va cautiva.
Cuando la reina se entera,
sale al punto a recibirla.
“¡Venga en buen hora mi esclava!
¡Reciba mi bienvenida!
Aquí le entrego las llaves
de la despensa y cocina,
que de moras no me fío;
pueden darme brujería.”
“Todo lo acepto, señora,
por grande desdicha mía;
ayer, Condesa jurada,
y hoy, moza de una cocina.”
La reina está embarazada;
igual la esclava venía;
quiso la suerte que entrambas
pariesen el mismo día.
Un varón tuvo la esclava
y una hija tuvo la reina,
pero las malas parteras,
por ganarse simpatías,
dieron a la reina el hijo
y a la esclava dieron la hija.

La esclava, estando meciéndola
esta cantiga decía:
“Hija mía de mi alma,
¿con qué te bautizaría?”

Las lágrimas de mis ojos
te sirvan de agua bendita.
Si en mi tierra me encontrara,
tierra que Dios ilumina,
te pondría los santos óleos
y agua de la santa pila.
Te llamaría Blanca-Rosa,
o Rosa de Alejandría,
que era el nombre de una hermana
que hace tiempo yo tenía;
cautiváronme los moros
día de Pascua florida,
cuando iba a coger las rosas
de un rosal que en flor se abría.”

• Esta cantiga tan bella
también la reina la oía,
y, con el llanto en los ojos,
de esta manera decía:
“Mis doncellas, mis esclavas,
atended a la cautiva;
si yo no estuviese en cama,
yo misma la atendería.”

La reina, ya mejorada,
va a verse con la cautiva:
“¿Cómo te encuentras, esclava?
¿Y tu hija? ¿Cómo está tu hija?”

“La hija, bien, noble señora;
yo no estoy bien todavía.”

“Si te hallaras en tu tierra,
¿qué nombre le elegirías?”

“La llamaría Blanca-Rosa,
o Rosa de Alejandría,
que así se llamó una hermana
que hace tiempo yo tenía;
cautiváronme los moros
día de Pascua florida,
cuando iba a coger las rosas
de un rosal que en flor se abría.”

“Y esa hermana, si la vieres,
¿tú la reconocerías?”

“Así la viera desnuda
de cintura para arriba;
debajo del pecho izquierdo
un lunar negro tenía.”

“¡Ay, triste de mí! ¡Cuitada!
¡Ay, triste de mí! ¡Mezquina!
Mandé buscar una esclava,
y encuentro una hermana mía.”

Tres días no son pasados,
muere la hija de la reina,
llora la Condesa Flores,
que por suya la tenía,
pero más llora la madre,
que el corazón adivina.

Tanto hablaron las criados,
que, al fin, la verdad fué oída.
La madre, con su hijo en brazos,
pensó morir de alegría.
“¡Oh, quién fuera a Portugal,
tierra por mi Dios bendita!”

Juntaron mucha riqueza,
en oro y en pedrería;
una noche favorable
dejaron la morería.
Se fueron hacia su tierra,
tierra de Santa María,
y ambas en igual convento
profesaron igual día.

M. M.

Santa Iria

Estando cosiendo junto a la ventana,
con mi aguja de oro, mi dedal de plata,
llegó un caballero pidiendo posada.
La negó mi padre. Yo quedé acuitada.

Entrada la noche, tan solo se hallaba,
que dije a mi padre: “Señor, nuestra casa
para un caballero que pide posada,
no debe cerrarse en noche cerrada.”

Aumenté mis ruegos, él se negaba;
pero yo tanto hice, que al fin le ganaba.
Le fuí a abrir la puerta. Penetró en la casa
y al hogar llegóse, hogar hecho llamas.
Le puse agua limpia porque se lavara,
le atendí solícita, le di una toalla,
le hablé, y él apenas me dijo palabra,
pero el caballero, ¡cómo me miraba!
Levanté los ojos, él no los alzaba
de la tierra, donde los suyos clavaba.
Le puse la cena, y a poco cenaba;
la cama le hice, caía en la cama,
y a las buenas noches, ni me replicaba.
¡Poca cortesía, pensé despechada!
A la media noche, sentí que me ahogaba,
que alguien con su mano mi boca tapaba.
Luego en mi caballo me llevan forzada,
corriendo, corriendo, en la noche callada.
Sin abrir los ojos, sin verle la cara,
me callé y lloré; él también callaba.
Ya lejos, muy lejos, de esta forma me habla:
“¿En la tierra, hermosa, cómo te llamabas?”
“Llamábame Iria, Iria la hidalga;
aquí soy tan sólo Iria la cuitada.”
Durante la noche seguimos la marcha
hasta la alborada, aquella alborada
que, cansado de oír mi súplica amarga,
cada vez más débil, cada vez más vana,

tiró del alfanje, lo hundió en mi garganta,
y abriendo un gran hoyo, me dejó enterrada.

Al cabo del tiempo volvió el caballero,
y una linda ermita vió en aquel otero.

“Mi amada y santa Iria, mi amor primero,
si tú me perdonas, seré tu romero.”

“No, no te perdono, ruin caballero,
que me diste muerte con tu vil acero.”

M. M.

Don Duardos e Flérida

Era al morir de una tarde
del mes de abril, que moría;
cuando los lirios y rosas
muestran más su lozanía,
y es cada noche serena,
con sus astros, que la guían.
Era entonces cuando la
infanta Flérida huía,
y en la huerta del palacio,
entre las frondas, decía:
“¡Con Dios quedad, lindas flores
que érais mi única alegría!
Me voy a tierras extrañas,
pues la ventura me guía.
Si mi padre me buscara,
él, que tanto me quería,

díganle que amor me lleva,
que por voluntad no iría;
mas tanto insistió conmigo,
que me venció en la porfía.
¡Triste, no sé dónde voy,
y ninguno me lo explica!”
Entonces habló don Duardos:
“No lloréis vos, mi alegría,
que en los reinos de Inglaterra
hay agua más cristalina
y más hermosos jardines
y flores de más valía.
Tendréis trescientas doncellas
de nobleza esclarecida.
De plata será el palacio
para vuestra señoría,
de esmeraldas y jacintos
y oro fino de Turquía,
con letreros esmaltados
en los que se lea mi vida,
llena de vivos dolores
que me dísteis en un día
—cuando con Primaleón
cuerpo a cuerpo combatía—.
Me matásteis vos, señora,
que yo a él no le temía.”

Enjugó al punto su llanto
Flérída, que esto le oía.

Ya se fueron las galeras
que don Duardos reunía;
cincuenta eran bien contadas
y juntamente partían.

Al son del suave remar
ensoñaba la infantina
en los brazos de don Duardos,
que tan bien la merecía.

Sepan cuantos son nacidos
sentencia que no varía:
Contra el amor y la muerte,
ninguno poder tendría.

M. M.



RUY FERNÁNDEZ DE SANTIAGO

Barcarola

Cuando yo miro las hondas
y las muy altas colinas,
siento que me traen las olas
recuerdos de sus caricias.

¡Maldito sea el mar,
que me hace penar!

No hay vez que mire las ondas
y las gigantescas rocas,
que no me traigan las olas
el recuerdo de la hermosa.

¡Maldito sea el mar,
que me hace penar!

Cuando yo miro las ondas
y veo las amplias costas,
luego las olas me traen
el recuerdo de mi hermosa.

¡Maldito sea el mar,
que me hace penar!

M. M.

REI D. DENIS

Cantar de amigo

Decidme, flores del verde pino,
¿conocéis nuevas de mi amigo?
¡Ay, Dios! ¿Dónde está?

Decidme, flores del verde ramo,
¿conocéis nuevas de mi amado?
¡Ay, Dios! ¿Dónde está?

¿No sabéis nuevas de mi amigo,
aquel que engañó mi cariño?
¡Ay, Dios! ¿Dónde está?

Decidme nuevas de mi amado,
aquel que faltó a lo jurado.
¡Ay, Dios! ¿Dónde está?

¿Me preguntáis por vuestro amigo?
Pues bien, yo os digo que está sano y vivo.
¡Ay, Dios! ¿Dónde está?

¿Me preguntáis por vuestro amado?
Pues bien, yo os digo que está vivo y sano.
¡Ay, Dios! ¿Dónde está?

Os digo que está sano y vivo
y volverá cuando el placer vea perdido.
¡Ay, Dios! ¿Dónde está?

Os digo que está vivo y sano,
y volverá cuando el placer vea lejano.
¡Ay, Dios! ¿Dónde está?

M. M.



MENDINHO

Cantar de amigo

Estando en la ermita de San Simeón,
y mientras las olas dicen su canción,
¡atiendo a mi amigo!

Estando en la ermita, al pie del altar,
aislado de todos, cercado del mar,
¡atiendo a mi amigo!

Cercado del agua, peligro mayor,
y sin un barquero, ni un remador,
¡atiendo a mi amigo!

Aislado de todos, cercado del mar,
sin tener barquero, ni saber remar,
¡atiendo a mi amigo!

No tengo barquero, ni soy remador,
el peligro crece, y, aun siendo mayor,
en mi puesto sigo;
sin tener barquero, ni saber remar,
pidiéndole al cielo que me lleve el mar
y atienda a mi amigo.

M. M.

ANONIMOS

Serranilla popular

Por la sierra agreste, fría y umbrosa,
venía una serrana gentil y graciosa.

Por la sierra agreste, blanquecina y fría,
la alegre y garrida serrana venía.

Venía la serrana gentil y graciosa;
llegúeme hacia ella con habla amorosa.

La alegre y garrida serrana venía;
llegúeme hacia ella con gran cortesía.

Llegúeme hacia ella con habla amorosa.
Díjele: "Señora, ¿no vais temerosa?"

Llegúeme hacia ella con gran cortesía.
Díjele, "Señora, ¿queréis compañía?"

Díjele: "Señora, ¿no vais con temor?"
Díjome: "No quiero compañía, señor."

Díjele: "Señora, ¿por qué ese desplante?"
Díjome: "Escudero, seguid adelante."

M. M.

Cantiga sagrada de folia

¡Blanca estáis y sonrosada,
Virgen sagrada!

En Belén, villa del amor,
de la rosa nació la flor,
Virgen sagrada.

En Belén, villa del amor,
nació la rosa del rosal,
Virgen sagrada.

De la rosa nació la flor,
Jesús nuestro Salvador,
Virgen sagrada.

Nació la rosa del rosal,
Dios y hombre natural,
Virgen sagrada.

M. M.



GARCIA DE RESENDE

Trova a la muerte de Doña Inés de Castro

¿Dónde existe un corazón
tan cruel y sin piedad
que no halle desolación
en esta gran crueldad
de muerte tan sin razón?

Triste de mí e inocente,
que por mantener ferviente
la lealtad y el amor
al Príncipe mi señor,
hoy me paga cruelmente.

Y es mayor mi desventura
viendo que no con matarme
se confirma su locura,
pues me puso a gran altura,
para luego derribarme.

Que si la muerte me diera
antes del bien que me dió,
tal mi tristeza no fuera,

porque hijos no conociera
que hoy lloran al morir yo.

Yo era una moza, orgullosa
de mi nombre, doña Inés
de Castro, digna y celosa
de conservar mi honorosa
reputación a través.

de todos. Vivía sin dar
con el hombre a quien amar,
pues nadie amor me pedía;
mas al Príncipe al mirar,
le amé, por desgracia mía.

.....
.....
.....

Viendo el Rey que se le echaba
de estos amores la culpa
y el pueblo le condenaba,
díjole al que le acusaba:
“Mi intención bien me disculpa.

Si vos lo queréis hacer,
podéis el deseo cumplir,
que yo no me he de oponer,
si juzgáis que esa mujer
aquí mismo ha de morir.”

Dos airados caballeros
que oyeron su decisión,
desnudaron los aceros
y los clavaron, certeros,
en mi amante corazón.

Vaya, pues, mi confesión,
confesión que consintieron
mis jueces sin corazón,
como único galardón
que mis amores me dieron.

M. M.



GIL VICENTE

*Exhortação a guerra os mouros de
Azamor (1513)*

¡Oh famoso Portugal,
conoce tu bien profundo,
que hasta donde acaba el mundo
llega tu poder real!
¡Avante, avante, señores,
pues que con grandes favores
el cielo os favorece!
El rey de Fez desfallece
y Marruecos da clamores.

¡Oh! Dejad de edificar
tantas cámaras forradas
muy pintadas y adornadas,
que eso es gastar por gastar.
¡Alabardas! ¡Alabardas!
¡Espingardas! ¡Espingardas;
¡No queráis ser genoveses,
sino siempre portugueses,
viviendo en sombrías moradas!

¡Cobrad fama de feroces,
no de ricos; avanzad,
y vuestra patria dorad
con hechos y no con voces!
¡Avante! ¡Avante! ¡Lisboa!
¡Que por todo el mundo sueña
tu fortuna en una loa
que de agasajos te llena!

Cuando Roma a toda vela
conquistaba el mundo entero,
todas, damas y doncellas,
daban sus joyas más bellas
a los preclaros guerreros.
¡Oh, pastores de la Iglesia,
muera la secta de Mahoma!
Ayudad a tal pelea,
que el triunfo ya se recrea
bajo el ámbito de Roma.

¡Debéis de vender las tazas,
pignorar los breviarios,
haced de las calabazas
vasos, y comed rabazas
por vencer a los contrarios.

¡Africa fué de cristianos,
moras la tienen robada!
Que ella vuelva a nuestras manos,

capitanes, y lograda
para nuestros soberanos.
¡Oh, señoras portuguesas,
gastad las piedras preciosas
damas, doncellas, duquesas,
que tales guerras y empresas
deben ser más de vosotras.

¡Es guerra de devoción
por honra de vuestra tierra,
emprendida con razón,
llevada con discreción
contra aquella gente perra!
¡Haced cuenta de los días,
y perlas de vuestro llanto,
relicarios de los ojos!
Y esto hecho, señoras mías,
¡dad a nuestra empresa el oro!

No habrán de honraros vestidos,
ni muy ricos atavíos,
sino hechos esclarecidos.
Los trajes de oro tejidos
con hilos de desvaríos,
dadlos para capacetes.
Vosotros, priores honrados;
repartid los priorados
a suizos y soldados
et centum pro uno accipietis.

¡Esa renta que apañáis
ya lo mejor que podéis,
en iglesias no gastáis!
A los pobres poco dais
y no sé qué es lo que hacéis.
Dad algo, lo que quisiéreis,
para Africa conquistar
con más placer que pudiéreis;
que cuanto menos tuviéreis,
menos tendréis que guardar.

¡Oh, señores ciudadanos,
hidalgos y regidores,
escuchad los atambores
con oídos de cristianos!
Y la gente popular,
¡avante!, ¡sin rehusar!
Poned la vida y la hacienda,
porque para tal contienda
nadie debe recelar.
¡Ta la la la laum! ¡Ta la la la laum!
¡Avante! ¡Avante! ¡Señores!
Que en la guerra, con razón,
anda Dios por capitán.
¡Ta la la la laum! ¡Ta la la la laum!

¡Guerra! ¡Guerra a ese Estado!
¡Guerra a muerte, sin cuartel!

Que el gran rey Don Manuel
contra moros está airado.
Ha prometido y jurado
por su vida y su nación
que pocos escaparán.
¡Ta la la la laum! ¡Ta la la la laum!

Su Majestad determina
hacer, en bien de la fe,
a mezquina, catedral
en Fez, por gracia divina.
¡Guerra! ¡Guerra muy continua
es su mayor intención!
¡Guerra, guerra con razón!
¡Ta la la la laum! ¡Ta la la la laum!

Este rey tan excelente,
querido y afortunado,
tiene el mundo rodeado
del Oriente hasta el Poniente.
Dios, muy alto, omnipotente,
su gran corazón real
tiene en su mano latente.
¡Ta la la la laum! ¡Ta la la la laum!
M. M.

La barca del Señor

Remando iban remadores
la barca de la alegría;
el patrón que la guiaba
hijo de Dios se decía;
eran los remeros ángeles
que remaban a porfía;
y estandarte de esperanza
la embarcación parecía.
El mástil de aquella barca
como cristal relucía;
la vela izada con fe
todo el mundo esclarecía;
el agua estaba serena,
ningún viento la movía.

M. M.

Villancete de Abel Pastor

Adorad, montañas,
al Dios soberano.
¡Adoradle, llanos!
¡Adorad, desiertos
y sierras floridas,
al dueño del mundo
y de nuestras vidas!

Riberas crecidas,
load con amor
al Sumo Hacedor!
¡Load, arboledas
de frutopreciado!
Los peñascos digan:
“¡Dios sea loado!”
Y loe mi ganado
desde este verdor
al Dios creador.

M. M.



BERNARDINO RIBEIRO

Cantar de ama a maneira de soleo

Pensando estoy en vos, hija;
vuestra madre recordando;
mis ojos, llenos de lágrimas,
os están purificando.
Naciste, hija, entre amarguras
(¡que aún para bien esto sea!),
pues en vuestro nacimiento
la fortuna os fué adversa.
Muerto era nuestro contento,
ninguna alegría oísteis;
era vuestra madre muerta,
nosotros éramos tristes.
Siempre en el dolor criada,
lo que os espera no sé.
Os veo, hija mía, hermosa,
con ojos verdes crecer.
Sois demasiado agraciada
para nacer en destierro.
¡Malhaya la desventura!
¡Puede más que nuestros yerros!

Tenía aquí su sepultura
vuestra madre y mi dolor.
¡No sois vos, hija, culpable,
pero murieron por vos!
No hubo razón en los hados,
ni se consienten rogar.
De vuestro padre es el duelo,
que de sí se ha de quejar.
Yo os tuve a vos tan sólo,
sois vos parte de mi ser.
¡No fuérais, si yo no fuera!
No sé si hice mal, o bien,
mas, no puede ser, señora,
que el mal os tienda sus redes
con esa risa de fuego
bajo vuestros ojos verdes.
Me conforta la esperanza
de que todo pase así.
¡Dios os dé mejor ventura
de la que hallásteis aquí!
La dicha y la hermosura,
dicen patrañas antiguas
que pelearon un día,
siendo antes buenas amigas.
Hay quien lo cree fantasía;
mas yo, que tanto ya he visto,
ninguna cosa que es mala
a creerla me resisto.

Pero el mundo huye del mal,
el bien sólo es esperado,
y no ven con su esperanza
que en bien y mal hay mudanza
y ambos son de igual cuidado.

M. M.

Cantar romance

Por las márgenes de un río
que sus aguas lleva al mar,
marcha el cuitado Avalor;
no sabe si ha de tornar.
Con las aguas va su bien
y con él va su pesar.
Camina sin compañía,
caballero en su alazán;
faltando a su alma descanso
descansa en su soledad,
y va mirando una barca
que con la lumbre solar
se aleja de la ribera,
dejando sólo el lugar.
¡Tristes se quedan los campos
sin el sol que se les va!
Fundido con el chasquido
de los remos al remar
los remeros de los barcos
entonaron su cantar:

“¡Qué frías están las aguas!
¿Quién las habrá de pasar?”
Los otros barcos responden:
“¿Quién las habrá de cruzar?
El que voluntad tuviere
de imponer su voluntad.”
Tras la barca y tras el sol
nuestro caballero va;
pronto vinieron las sombras
el sol y barca a ocultar,
y Avalor sigue acuitado
su ignorado caminar.
Suelta riendas al caballo,
deja su rumbo al azar,
y en la noche, silenciosa
para atormentarle más,
se une el compás de los remos
con el efluvio estival.
¡Querer contar sus tristezas,
sería arenas contar!
Cuando más se va alejando,
se va alejando el sol más.
Los recuerdos en sus ojos
fueron a cristalizar,
y en el río de su llanto
hizo a su caballo entrar,
sembrando el suelo con lágrimas.
Oía lejos hablar,
pero su alma va tan triste

como el campo triste está.
De pronto, azorosamente
vino con un barco a dar,
que estaba amarrado, sin
patrón para gobernar.
Saltó, sin pensarlo, dentro,
y tras la amarra soltar,
la corriente y la marea
acertáronle a ayudar.
Nadie sabe qué fué de él,
ni se ha vuelto de él a hablar;
se sospecha que fué muerto,
mas no se puede afirmar.
¡Si sufrió penas de amor,
penas de amor muerte dan!

M. M.



CRISTOVAM FALCAO

Noites de insomnio

I

No sé para qué os quiero,
pues de ojos no me servís,
¡Ojos que mi vida fueron!

Para ver me fuísteis dados
y en llorar vosotros dísteis,
y si yo tengo cuidados
mis ojos, son engendrados
de que vosotros me huísteis...
El descanso que me dieron
¡Ojos que mi vida fueron!

Mis ojos, sin causa mía,
usáis conmigo crudezas,
y os sirven mis tristezas
para vuestras alegrías.
Pasan noches, pasan días...
Jamás descanso me dieron...
¡Ojos que mi vida fueron!

Cuando primero lo visteis,
que no era bueno sabíais,
mas gozando en lo que veíais,
en mi daño consentísteis.
Lo que entonces me encubristeis,
ahora me consentís verlo.
¡Ojos que mi vida fueron!

Para los dos voy buscando
cosas que os den placer;
y vosotros a mi ser
tristeza sólo vais dando.
Ahora os estoy cantando
y entre lágrimas os veo.
¡Ojos que mi vida fueron!

II

Amor, no duermo en la noche;
amor, no puedo dormir.

De que mis ojos miraron
en vos su mal y su bien,
si algún día reposaron,
reposeo no han de tener.
Corre el tiempo sin volver
a veros cerca de mí.
¿Cómo he de poder dormir?

Mi pensamiento, ocupado
por causa de la pasión,
tiene presente el cuidado
de no descuidar su amor.
Las noches para el descanso
son días a mi sentir.
¡Noches de mi no dormir!

 Todo el bien se ha escapado,
se ha tornado en mal presente,
el sentido desvelado,
el corazón impaciente,
y el juicio, que esto lo siente
como lo debe sentir, '
no ha de dejarme dormir.

 ¿Buscaré remedio alguno?
Mas, ¿dónde lo iré a buscar,
si no tenía más que uno,
que se llevó mi pesar?
Todo me supo llevar;
quedóme sólo el sentir
para no poder dormir.

 Mis cuidados crecerán,
menguarán mis esperanzas,
mis placeres dormirán,
y al dolor despertarán
mis ojos, que el bien no alcanzan

y al mal sólo se han de abrir.
¡Nunca más podré dormir!

III

¿Cómo dormirán mis ojos?
No sé cómo dormirán
mientras vela el corazón.

Toda esta noche pasada
me ha transcurrido en pensar;
no ha podido reposar
mi mente desesperada.
¡Triste ha sido la velada!
Triste, como todas son
mientras vela el corazón.

Pájaros, que enamorados
parecéis cuando cantáis,
no améis tanto, que si amáis,
quedaréis desencantados.
En mis ojos agraviados
veréis si tengo razón,
pues vela mi corazón.

M. M.

Cantiga aos seus olhos

Convenio hice con mis ojos
que no os quisieran ver.
Mas sin poder mantener
lo que concerté con ellos,
mal el convenio tomaron;
vuestros ojos son tan bellos,
que fué al dejaros de ver
cuando mis ojos cegaron.
Con vuestra imagen vedada
se me hizo muerte la vida,
pues toda cosa perdida
es luego más deseada.
Quise tender la coartada,
y acabo de conocer
que murieron por no ver
lo que por ver he sufrido.
Fué todo una vanidad.
¡Después de lo convenido
los cambió mi voluntad!
Ya sé de ellos la verdad:
que no me han de mantener
convenio, de por no ver,
llevarlos a otro lugar
para mudar la intención,

pues luego los fuí a tomar
llevando esta conclusión:
que consintió el corazón
y ellos me hicieron cambiar
sin mantener mi intención.

M. M.



DON FRANCISCO DE PORTUGAL.
CONDE DO VIMIOSO

Cantiga

Si algo busca el placer,
que le complazca esperar,
porque, al cabo, lo ha de hallar
para volverlo a perder.
Dígame: ¿Quién alcanzó
los bienes que deseara,
si nunca lo que logró
fué todo lo que soñara?
Y pues se acaba el placer
una vez que éste se alcanza,
el que lo espera tener,
tiene al menos la esperanza.

M. M.

CAMOENS

Soneto

¡Alma mía gentil! Tú que te fuiste
de aqueste mundo prematuramente,
reposa allá en el cielo eternamente,
y vivá yo en la tierra siempre triste.

Si en el etéreo asiento a que subiste
memoria de esta vida se consiente,
no te olvides de aquel amor ardiente
que en mis ojos, aquí, tan puro viste.

Y si vieres que puedé merecerte
algún consuelo el mal que me quedó
de la pena infinita de perderte,

ruega a Dios que tus años acortó,
que tan cerca de ti me lleve a verte
cual presto de mis ojos te llevó.

ALVARO DE LAS CASAS.

SONETO I

Mientras quiso Fortuna que tuviese
esperanza de algún contentamiento,
el gusto de un suave pensamiento
me hizo que sus efectos escribiese.

Pero temiendo Amor que aviso diese
mi escritura a cualquier juicio exento,
me oscureció el ingenio con tormento
para que sus engaños no dijese.

¡Oh, vos, a quien Amor tiene sujetos
de tanta voluntad! Cuando leyéreis
en breve libro casos tan diversos

(verdades puras son, y no defectos),
entended que según amor tuviéreis
así habéis de entender bien estos versos.

ALVARO DE LAS CASAS.

SONETO XV

Aquella suave y triste madrugada
tan llena de amargura y de ansiedad,
en cuanto alguien recuerde con piedad
quiero que sea siempre celebrada.

Sólo ella, cuando amena y marchitada
salía, dando al mundo claridad,
miró apartarse otra voluntad
que nunca podrá ya ser apartada.

Sólo ella vió las lágrimas, ¡Dios mío!,
que de unos y otros ojos derivadas
juntándose formaron ancho río;

y escuchó las palabras apenadas
que podían tornar el fuego frío
y calmar a las almas condenadas.

ALVARO DE LAS CASAS.

SONETO XX

Siete años de pastor Jacob servía
al padre de Raquel, serrana bella;
pero no servía al padre, sino a ella,
que a ella sólo por premio pretendía.

Los días esperando un solo día
pasaba, contentándose con verla;
más el buen padre, usando de cautela,
cambióla, y dióle por Raquel a Lía.

Viendo el triste pastor que con engaños
así le era negada, porque viese
que aún no lograra verla merecida;

la comenzó a servir otros siete años,
diciendo: "Más sirviese si no fuese
para tan largo amor, corta la vida."

ALVARO DE LAS CASAS.

SONETO CXLIII

Horas breves de mi contentamiento,
nunca me pareció cuando os tenía,
que cambiadas tan pronto os miraría
en dilatados años de tormento.

Las altas torres que fundé en el viento
las llevó el viento que las sostenía;
del mal que me quedó, la culpa es mía,
que en cosas vanas hice fundamento.

Amor con blandas muestras aparece,
todo lo hace posible y asegura,
mas luego, en lo mejor, desaparece.

¡Extraño mal! ¡Extraña desventura!
¡Por un pequeño bien que desfallece
un bien aventurar que siempre dura!

ALVARO DE LAS CASAS.

SONETO III

Tanto de este mi estado me hallo incierto,
que en vivo ardor temblando estoy de frío;
sin causa juntamente lloro y río,
el mundo abrazo y no lo tengo cierto.

Es todo cuanto siento un desconcierto;
fuego en el alma y es la vista un río;
ahora espero, ahora desconfío,
ahora desvarío, ahora acierto.

Al cielo, de la tierra voy volando;
cada hora son años, y es un hecho
que en mil años no puedo hallar una hora.

Si me pregunta alguien por qué así ando,
respondo que no sé, pero sospecho
que es sólo porque os vi, noble señora.

ALVARO DE LAS CASAS.

SONETO IX

Sobre mi estado tanto me hallo incierto,
que en vivo ardor temblando estoy de frío;
sin causa, a un mismo tiempo, lloro y río;
y abarco el mundo, y nada abarco cierto.

Todo lo que yo siendo es desconcierto
el alma es fuego y son mis ojos río,
ahora espero y luego desconfío,
ahora desvarío y luego acierto.

Estando en tierra, al cielo voy volando;
mil años una hora es en mi pecho,
y en mil años no encuentro ni una hora.

Si me pregunta alguien por qué así ando,
respondo que no sé; pero sospecho
que sólo porque os ví, noble señora.

ALVARO DE LAS CASAS.

SONETO CXII

¿Qué loco pensamiento es el que sigo?
¿Detrás de qué cuidado voy corriendo?
¡Sin ventura de mí!, que no me entiendo;
ni lo que callo sé ni lo que digo.

Peleo con quien trata paz conmigo;
de quien guerra me dà, no me defiendo;
de falsas esperanzas, ¿qué pretendo?...
¿Quién de mi propio mal me hace amigo?

¿Por qué si nací libre me cautivo?
Y pues lo quiero ser, ¿por qué no quiero?
¿Cómo me engaño más con desengaños?

Si ya desesperé, ¿qué más espero?
Y si aún espero más, ¿por qué no vivo?
Y si vivo, ¿a qué acuso de mis daños?

GONZÁLEZ-BLANCO.

Imagino yo
que esta vida escasa
para todos pasa,
mas para mí no.
Los días se van
sin ver este día
en que os vería.
Voy al más allá
tras lo que deseo,
y cada vez veo
que se aleja más.
Pues cuanto más ando
más se aleja el día
en que os vería.

Mi vista no alcanza
la imagen perdida.
¡En tan corta vida
tan larga esperanza!
Si os viera, toda
mi pena se iría,
porque os vería.
Mi melancolía
de sobra comprendo
mas no me defiendo,
porque el alma mía
si aún sufriera más
en mayor valía
os estimaría.
En mi soledad,
cara prenda mía,
¿a quién le diría
tamaña verdad?
Así, en pensamiento,
de noche y de día,
al menos sois mía.

M. M.

La campana, volteada
por mano invisible y fuerte,
me distrajo el pensamiento
a la oración inminente.

En el coro, antes desierto,
se ocuparon los lugares,
y en el lugar, apagados,
se oyeron tiernos cantares.

La hora, el lugar, las tinieblas
y aquellas voces suaves
reunieron en mi alma
a la ternura ideas graves.

En una altiva columna
pensativo me apoyé;
mucho más triste que antes,
mucho más sólo me hallé.

Enmudeció todo el coro,
las pocas luces murieron,
sonó la puerta al cerrarse
y las hermanas salieron.

La lámpara veladora,
con su fulgor casi extinto,
de mil trémulos fantasmas
llenaba el viejo recinto.

Luego el reló de la torre
una campanada hace oír;
despierta el templo a sus ecos
y torna luego a dormir.

Separéme horrorizado,
y veloz; en el momento,
al dormitorio tranquilo
volé con el pensamiento.

Mano en la cara, y los ojos
en la luna, vi sentada
en una celda a una virgen
llorosa y arrebolada.

Conocí por sus cabellos
y su traje secular
que no era de las votadas
eternamente al altar.

Conocí que la abstraía
un pensamiento profundo,
y pensé: "¡Cual yo me veo
se ve ella sola en el mundo!"

Y todos cuantos afectos
su alma encerrados tenía,
en su poético delirio
inconsciente los decía.

Tomé su mano, y llevándola
amoroso al corazón,
"Ambos hallamos, le dije,
lo que fué nuestra ilusión."

“Que el cielo nos sea testigo,
que yo te juro por él
ser eternamente tuyo
si tú lo eres mía también.”

El cielo oyó nuestros votos,
nos vió la luna abrazar,
y ambos, sentados muy juntos,
quedamos a conversar.

Luego el reló de la torre
hace dos horas oír,
para despertar los ecos
y tornarlos a dormir.



VOLTAS

A este cantar viejo

*Nostalgia mía,
¿cuándo os vería?*

¡Por tierra ya así
todo, en tal mudanza!
¿Qué vale ya en mí
la vana esperanza?
¿Acaso el recuerdo?
¿Es que mi porfía
algo lograría?

¿Qué vale un deseo
tan desengañado?
Lejos no me veo
de este mi cuidado,
que a mí iba ligado
cuando anohecía,
cuando amanecía.

¡Tristeza y sospecha
alberga mi pecho!
¡No seréis deshechas
cuando yo deshecho!

Aún frío el pecho,
aún mi lengua fría,
amor os diría.

II

La vida se esconde
de que no os veo;
suspira el deseo
y el dolor responde.
Huye al alma adonde
vea el bien que veía,
mas, ¡vana porfía!

Se gasta mi vida
en vano lamento,
y el dolor que siento
es mi despedida.
Si antes de perdida
os viera algún día,
yo reviviría.

A cada momento
mi pena es mayor,
y es que mi dolor
tiene fundamento.
Este sentimiento
mata el alma mía;
mas sin vos, ¿qué haría?

M. M.

FRANCISCO SA DE MIRANDA

Outono

El sol luce radiante, van las aves
en compacta bandada colectiva,
y ante la claridad potente y viva
voy despertando a mis cuidados graves.

¡Oh cosas todas vanas y mudables!
¿Cuál es el corazón que en vos confía?
Pasando el tiempo va, día tras día,
incierto todos, como el mar variables.

Yo miré por aquí sombras y flores,
vi aguas y vi fuente rumorosas,
oí cantar a las aves su amores...

y hoy fuente, flores y aves silenciosas
están, cual mudo estoy a mis dolores.
¡Mas con el tiempo cambiarán las cosas!

M. M.

¡Oh río Leça!

¡Oh río Leça,
cómo corres manso!
¡Si yo en mi descanso
tu ruta siguiera...!

Siempre sosegados
son tus pensamientos;
no te alteran vientos
ni tiempos mudados.

Corres por arenas
y bosques sombríos;
no te turban ríos
ni fuentes ajenas.

Naces de una peña
osca, sucia, insana,
y a ti la mañana
se vuelve risueña.

La aurora, naciendo,
mecida en tu brisa,
con viva sonrisa
en ti se está viendo.

FRANCISCO SA DE MIRANDA

La mar, que calmosa
duerme a tus espaldas,
de ti hace guirnaldas,
con que se corona.

Olmos elevados
tiene tu ribera;
y la primavera
alegra tus prados.

¡Son un paraíso
tus sauces serenos!
¡Dibujos amenos,
parajes de aliso!

Por ti cantan aves
sin temor, quietas,
cantigas repletas
de versos suaves.

De lazos y redes
crían sin temor
en lo protector
de tus bosques verdes.

Las noches reposo
te dan, y en su mano
flores el verano,
frutos el otoño.

Sombras el estío,
que a mirar te atreves;
¡días pardos y nieves
el invierno frío!

Por ti canta Abril,
mientras cuida, alerta,
sus flores abiertas
del grato pensil.

Cuando se levanta,
cuando el sol más arde,
te canta la tarde,
la noche te canta.

¿Para qué son, Mayo,
tantas alegrías,
si tus largos días
pasan como el rayo?

¡Por mucho que tardes,
son tardanzas vanas!
Vanse las mañanas,
y se irán las tardes.

¿Para qué te alabas
de vanos amores?
¿Para qué tus flores,
si tan pronto acabas?

En espacio breve
llega al mar el Duero;
los cabellos de oro
se le hacen de nieve.

¡Oh río de Leça,
frutos en enero
nacerán primero
que olvidarte pueda!

¡Primero en estío
nevará con calma,
que se borre en mi alma
tu imagen, oh río!

¡Algún tiempo manso,
tal vez, me mande a mí
Dios que me torne a ti
con algún descanso.

M. M.



ANTONIO FERREIRA

Soneto a morte de sua mulher

Aquel diáfano sol que me mostraba
el camino del cielo más certero,
y que haciendo en sus rayos prisionero
el mal que me imponía, lo ahuyentaba,

abandonó la ruta que llevaba;
yo quedé ciego, sólo y algo incierto,
perdido peregrino en el desierto
al que le faltó el guía que llevaba.

Y con el alma triste, el juicio oscuro,
sus borrosas pisadas voy buscando
por valles y por campos y por montes.

Por doquiera la veo, y me figuro
que aún el sol de su amor me va guiando
hacia más dilatados horizontes.

M. M.

Aos bons engenhos

Bien nacidos espíritus, os canto,
y siempre a vuestro loor templo mi lira;
al amor doy mis ayes y mi llanto,
formado con el fuego de mi ira.

¡Mis versos sanos tienen el encanto
de que Febo es el dios que los inspira!
Mas yo toda esta gloria reluciente
se la ofrezco a mi tierra y a mi gente.

M. M.



PEDRO DE ANDRADE CAMINHA

Endecha

Se aleja la vida,
se aleja cada hora,
y miro perdida
esa luz de ahora.

¡Del alba a la tarde,
lo que cambia el día!
El sol ya no arde,
y ahora mismo ardía.

Dicha que un momento
tuve y se me fué
rauda como el viento.
¿Cuándo la hallaré?

No hay mal que nos canse,
no hay bien que nos dure,
nada que descanse,
nada que perdure.

Leves fundamentos
traen leves mudanzas,
y vanse los vientos
tras las esperanzas.

El placer es leve
ráfaga trivial,
y, tras bien tan breve,
mueren bien y mal.

M. M.

D. Manoel de Portugal

La perfección, la gracia, el suave gesto,
la primavera llena de frescura
que siempre en vos, florece, la ventura
y la razón que yo os doy en esto;

aquel aspecto puro y cristalino
que en sí comprende toda la belleza;
aquel fuego en los ojos, la grandeza
de que el amor nos va con el destino,

todo esto que va en vos, si deseáis
verlo para mirarlo solamente,
aunque vos del amor os eximáis,

lo podéis apreciar bien claramente
en este pecho mío, donde estáis,
para que en él sintáis lo que él ya siente.

M. M.

A este cantar viejo

*No pueden dormir mis ojos;
mis ojos no han de dormir.*

Si mi alma y mi fantasía
con vos están noche y día,
mis ojos, sin alegría,
¿cómo han de poder dormir?

Aunque os vea o no os vea,
mi amor miraros desea,
y como en vos se recrea,
mis ojos no han de dormir.

Mi vida se va acabando,
mi alma se va agotando,
y ellos, sin veros, llorando,
mal han de poder dormir.

A este cantar viejo

*Corazón, tienes que arder
sin que te pueda valer.*

El fuego en que estás ardiendo
va desgastando mi vida;
se va el remedio perdiendo
si es la esperanza perdida.

Grita mi alma y no es oída,
pues quien la puede valer
así lo debe querer.

Amargura y desencanto
no me dejan ni un momento;
los ojos siempre con llanto,
el alma con sentimiento.

¡Corazón, mi sufrimiento
tiene que dejarte arder,
pues no te puedo valer!

M. M.



DON FRANCISCO MANUEL DE MELLO

Soneto festivo

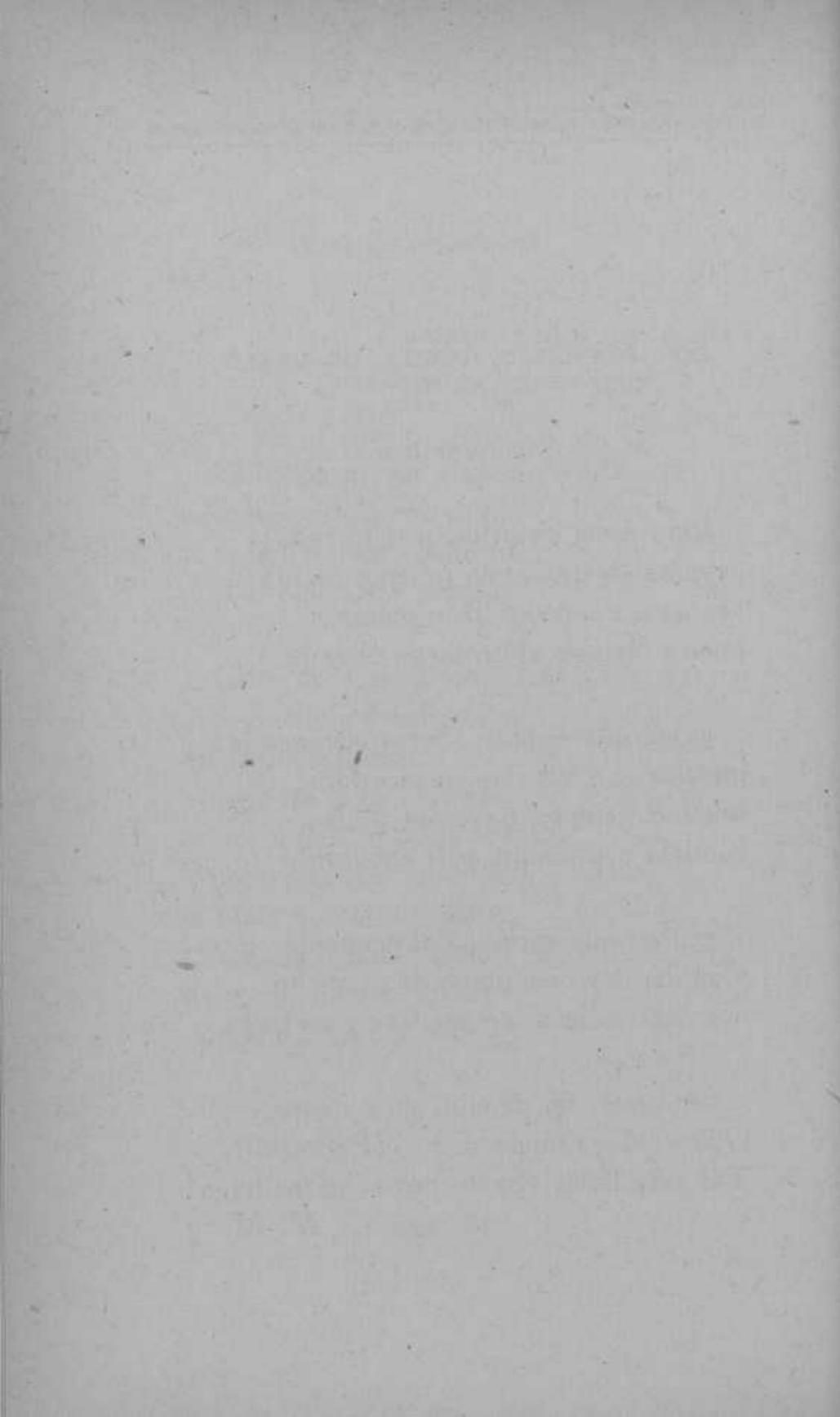
Una sucia casucha, mal forrada;
caverna dentro como infierno oscura;
ventanuco con reja bien segura;
puerta fácil de abrir, luego cerrada;

cama que es potro; mesa estropeada;
insectos que nos dan su picadura;
soledad siempre, pavorosa duda;
candela consumida, casi ahogada;

grillete que aprisiona al penitente;
y un tierno y bien plantado ratoncito
que más se lleva que me trae y no paga.

Sin amor, sin dineros, sin pariente.
Quien más se duele, dice: "¡Pobrecito!"
Tal vida llevo. ¡Santo provecho me haga!

M. M.



DIEGO BERNARDEZ

Soneto

Horas efímeras de mi contento,
nunca pensaba cuando os tenía
que tornadas así os miraría
en tan amargos días de tormento.

Aquellas torres que fundé en el viento
las llevó el viento que las sostenía;
si algún mal me quedó, la culpa es mía,
pues hice en cosas vanas fundamento.

Amor, que bellamente se parece,
todo lo hace posible y lo asegura,
mas luego, en lo mejor, se desvanece.

¡Oh ceguera tamaña! ¡Oh desventura!
¡Por un pequeño bien que desfallece,
aventurar un bien que tanto dura!

M. M.

FRANCISCO RODRÍGUEZ LOBO

Vilancete

Descalza va hacia la fuente
Leonor por el verde prado;
va hermosa y va sonriente,
con la alcarraza al costado;
alcarraza que asegura
con el brazo al corazón...
La toca muy bien atada,
camina de madrugada,
hermosa, mas no segura,
al compás de su canción.

Encantadora y sencilla,
en su mano la rodilla
que se ciñe a la alcarraza,
levantando la faldilla,
que nos muestra la blancura
de sus carnes de rapaza,
va hermosa, mas no segura.

Por donde pasa, la flor
en que pone el pie, se queda,

envidiosa, sin color.
Y florece la vereda
que ella siguiendo, procura
elegirla por mejor,
hermosa, mas no segura.

La oculta el sol, al fulgor
de su enemigo, que es ella;
a ella le asalta el temor
de ser demasiado bella,
y va hacia la fuente pura
encendida de rubor
y hermosa, mas no segura.

M. M.

Soneto

Hermoso Tajo mío, cuán diferente
te veo y te ví, me ves ahora y me viste:
turbio ahora te contemplo, tú a mí triste,
claro te contemplé, tú a mí riente.

A ti te fué cambiando la corriente,
a que tu largo campo no resiste;
¡a mí me cambió todo lo que existe
desde que el corazón mío no siente!

Ya que en el mal fuimos participantes,
seámoslo en el bien. ¡Oh quién me diera
que fuéramos en todo semejantes!

Volverá la fragante primavera,
tú tornarás a ser quien eras antes;
yo no sé si seré quien antes era.

M. M.



FERNANDO CORREA DE LA CERDA

Soneto

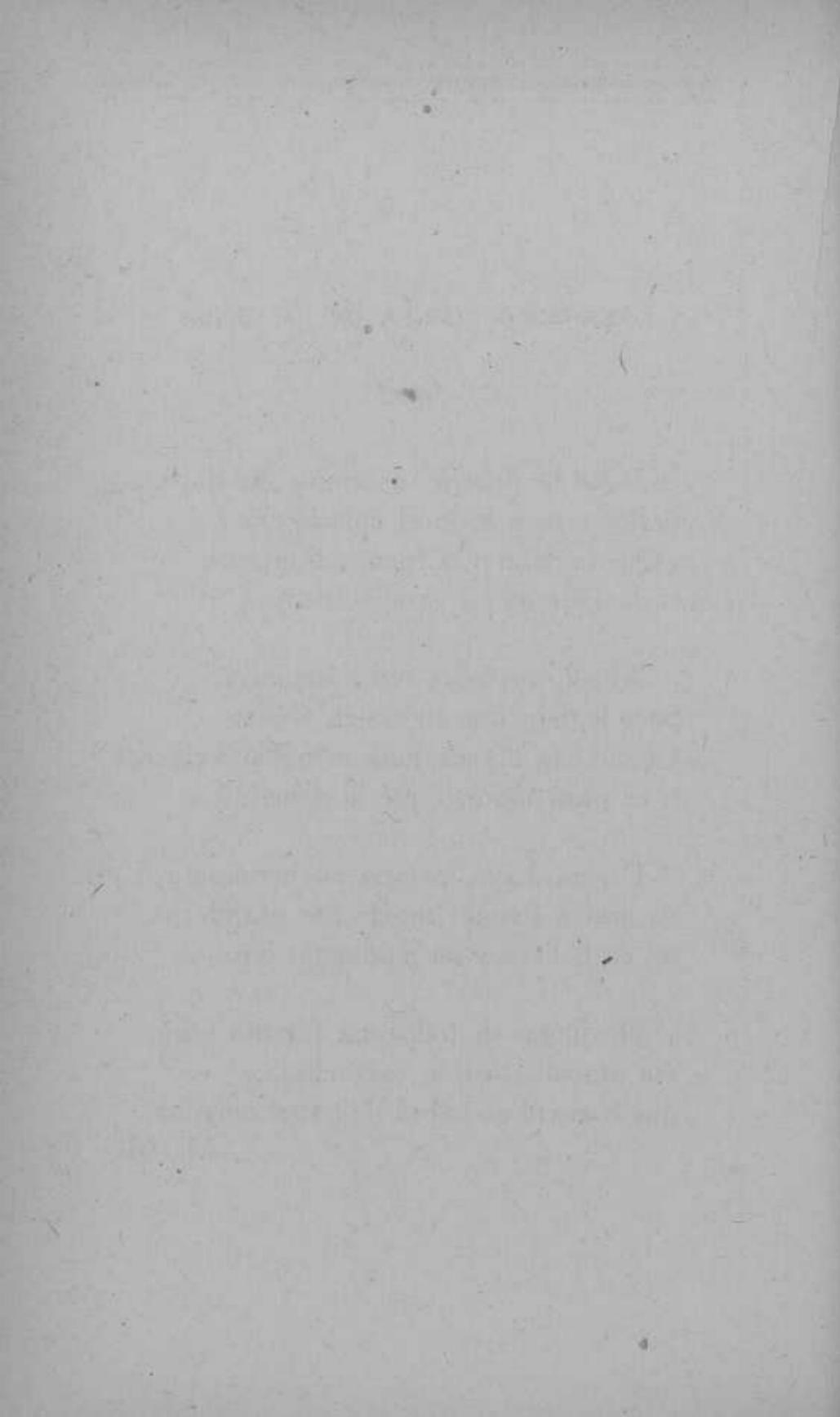
¿Qué he deberle al campo que florece,
si flores para todo el mundo cría?
¿Qué le debo a la fuente, si merece
cada persona su caricia fría?

Al sol, que para todos amanece,
poco le debo que me traiga el día.
Cuando la blanca luna mengua o crece,
si es para todos, ¿qué le debería?

Divina Lises, campo en hermosura;
en gracia fuente; monte por grandeza;
sol en belleza y en mudanzas luna.

No hagas de todos esa luz tan pura,
esa gracia, esa flor, esa belleza,
que como tú no habrá de haber ninguna.

M. M.



FRANCISCO DE SA E MENESES

M o t e

¡Ya el goce mi alma no siente!
¡Mi esperanza está perdida!
Voy perdido entre la gente;
ni muero, ni tengo vida.

G l o s a

A todo cuento deseo
se niega la suerte mía,
y sólo en mi fantasía
lo que es mi aspiración veo.
Si en el pasado y presente
puede verse el porvenir,
sólo me resta sufrir;
¡ya el goce mi alma no siente!

Que con todo cuento quiero
he llegado a tal extremo,
que viendo aquello que temo,
nunca veo lo que espero.

Y se ha operado en mi vida
poco a poco tal mudanza,
que de tener esperanza,
¡mi esperanza está perdida!

Imaginé que tenía
en mi azar lo que buscaba,
y que si hoy no lo encontraba,
con el tiempo lo hallaría.
Mas vi todo diferente
de como lo había pensado,
y como en un despoblado
voy perdido entre la gente.

¿Dónde hallaré fundamento,
si en nada encuentro firmeza,
y acaban siempre en tristeza,
los sueños del pensamiento?
Con el alma dolorida,
viviendo en pena de muerte,
porque lo quiso mi suerte,
ni muero, ni tengo vida.



FRANCISCO MANUEL DE MELLO

Apologo da morte

Yo vi un día a la muerte. Iba flotando
sobre el mar de la vida, sin descanso;
los viejos que buscaban un remanso
de paz, sin ver, con ella iban topando.

Los mozos, en los años confiando,
ignorantes, la muerte no temían,
y es porque en su ignorancia no sabían
que ella a todo mortal va señalando.

La vi que quiso disparar el fuego
de su ira infatigable hacia la tierra.
Yo entonces le grité: "Tente, homicida."

Y ella me respondió: "Tal voy de guerra.
Si el mundo vive a mi recuerdo ciego,
ahora soy yo quien va a cegar su vida."

M. M.

PEDRO ANTONIO CORREA GARÇAO

Cantata

El negro Oriente se iba blanqueando.
Con su velamen, la troyana flota
entre las vagas, azulinas aguas
se va alejando a la merced del viento.

La misérrima Dido
por los palacios reales va ululando,
y aun con los turbios ojos ver procura
al fugitivo Eneas.

Desiertas calles, solitarias plazas
la reciente Cartago nos presenta;
y la playa desnuda está medrosa,
tramando algo en la noche solitaria.

En las altas veletas
de las soberbias cúpulas,
pían nocturnas, agoreñas aves,
y Cartago imagina
que el mármóreo sepulcro
alza la voz, entre cenizas yertas,
del difunto Siqueo, débilmente,
y suspirando llama: "¡Elisa, Elisa!"

.....

Del prófugo Dardanio
las postrimeras voces repetía
y su lúgubre acento se alejaba
y entera la ciudad lo recogía.

¡Dulces despojos
tan bien logrados!
Los ojos míos
preñan las lágrimas,
viendo que Dios
lo ha consentido.

¡El alma de Dido
fortaleced!

¡De los peligros
a ella salvad!

¡Dido infeliz
que sucumbió!
La alta Cartago
tiene sus muros
ahora desnudos.

Allá se ve
la sombra suya
en la barcaza
de Flegelonte,
que por la entraña
del mundo va.

M. M.

MANUEL MARIA BARBOSA DU BOCAGE

A Camoens

¡Camoens, gran Camoens, cuán semejante
encuentro tu Destino a mi Destino!
Igual causa nos junta en el camino,
arrostrando al sacrílego gigante.

Como tú, junto al Ganges susurrante,
de penuria cruel triste me veo;
como tú, gustos vanos que deseo
también he de llorarlos añorante.

En todo como tú la misma suerte.
Mi fin demando al cielo, con certeza
de que la paz vendrá a mí con la muerte.

Tú fuiste mi modelo, y... ¡oh tristeza!
¡Que sólo en la desgracia he de poderte!,
pues tus versos me ganan en belleza.

M. M.

A constancia do sabio, superior a os infortunios

En sórdida mazmorra encarcelado,
de cadenas potentes bien ceñido,
por feroces contrarios perseguido,
por lenguas impostoras difamado.

Casi desnudo, el aspecto honrado
por hombres viles roto y escupido;
sin ser por un mortal compadecido
en su funesto y riguroso estado.

El penetrante y bárbaro instrumento
de atroz, violenta e inevitable muerte,
mirando ya en la mano del verdugo.

Aun así, no maldice de su suerte
y confía en romper el triste yugo
el sabio verdadero, el justo, el fuerte.

Sentimientos de contricoa e arrenpendimento

Mi ser evaporé en fatiga insana
del tropel pasional que me arrastraba.
¡Oh ciego! ¡Yo creía que se hallaba
casi inmortal en mí la esencia humana!

¡De qué vanas quimeras se adornaba
la mente en lo falaz de mi existencia,
sin meditar y sin tener conciencia
que el mal tiene a la vida por esclava!

¡Placeres, socios míos, mis tiranos!...
Os consumió en crueles desengaños
este alma que, sedienta, en sí no cupo.

Cuando la muerte venga a mí, en sus manos
gane un momento lo que perdí en años,
¡sepa morir el que vivir no supo!

M. M.

Retrato propio

Delgado, ojos azules, grande cara,
bien servido de pies, poca estatura,
ridículo de aspecto y de figura,
nariz alta en el medio, un tanto rara.

Incapaz de asistir en un terreno,
más propenso al furor que a la ternura,
de faz adusta, con la tez oscura
de celos por su amor, letal veneno.

Devoto alabador de mil deidades
(digo, de mozas mil) sólo un momento
amó a los frailes, y eso en el altar...

Es Bocaccio, el gran hombre de talento;
él mismo confesaba estas verdades
un día que tedioso debía estar.

M. M.

Oda anacreóntica

En torno de una colmena
Amor aleteaba un día,
y, la mano introduciendo,
blandos panales cogía.

Abeja, ¿es que eres más fuerte,
y de Amor no tienes miedo?
La abeja, al niño goloso
viene a picar en un dedo.

Cupido chupa la herida,
rompe al momento a llorar,
y al regazo de su madre
va de la abeja a quejar.

Venus, cariñosa y bella,
le aprieta contra su pecho,
y le dice: "Acuérdate
de lo que tú tienes hecho.

El aguijón de la abeja
es menor que tus arpones;
lo que ella te hizo en el dedo
haces tú en los corazones."

M. M.

ALMEIDA GARRET

Os cinco sentidos

Son bellas—bien lo sé, esas estrellas.
Mil colores—divinos tienen esas flores;
mas yo no tengo, amor, ojos para ellas.

En la naturaleza
no veo otra belleza
que a ti, mi bien, ¡a ti!

Divina—¡ay, sí!, será la voz que afina,
triste— en la ramazón con que se viste
el árbol, mas yo del ruiñeñor que trina

no oigo la melodía,
ni siento otra armonía
que a ti, mi bien, ¡a ti!

Respira—el aura que en la flor se inspira,
celeste—incienso de perfume agreste.

Pero yo no lo siento, mi alma no aspira,
no percibe, no toma
sino el fragante aroma
de ti, mi bien, ¡de ti!

Hermosos—son esos frutos sabrosos;
exquisito—es el néctar del racimo.
Y yo tengo hambre y sed... Estoy sediento,
y hambrientos mis deseos
están... mas es de besos
de ti, mi bien, ¡de ti!

Suave al tocar—es el césped brillante
que a mi pecho—sirve de mullido lecho,
mas, ¿quién, cerca de ti, puede anhelante
buscar otras caricias,
sentir otras delicias
que en ti, mi bien, en ti?

A ti van mis sentidos
en uno confundidos.
Siento, oigo, suspiro
en ti, por ti deliro.
Contigo va mi muerte,
a ti mi vida di,
y cuando halle la muerte,
será morir por ti.

M. M.

Cascaes

Allí termina la tierra,
allá en las rocas finales.
La árida y desierta sierra
entre peñas colosales

deja vivir un mezquino
árbol solo, estéril pino.

Los vientos huracanados
que destrozan cada rama,
los cielos turbios, nublados,
el mar que incesante brama...
Allí la naturaleza
tiene salvaje belleza.

En la quebrada del monte,
entre juncos mal crecidos,
seco el río, amplio horizonte,
senderos casi perdidos...
Ahí, en esa abrupta sierra,
¡ahí miré un cielo en la tierra!

Allí, del mundo alejados,
¡Santo Dios! ¡Cómo vivimos
uno de otro enamorado!
De nada saber quisimos,
y fué alegre nuestra vida,
allá ignorada y perdida.

¡Qué felicidad sentí!
¡Hablándonos sin hablar!
¡Cómo vivía ella en mí,
y yo en ella, al contemplar
nuestra ardorosa pasión,
nacida del corazón!

En aquellos días de paz
bendijo Dios nuestro amor,
y era cada hora fugaz
a nuestro gozo mayor,
el gozo de ser los dos
uno del otro y de Dios.

¡Ay de mí, que a tragos largos
el néctar de amor bebí.
Al perderlo, más amargo,
más amargo lo sentí,
pues el sabor me dejó...
¡Mas nadie cual yo gozó!

¡Nadie! Es necesario amar
como yo amé; ser amado
como yo fuí, y otorgar,
a un ser que nos ha otorgado
el alma, la vida entera...
¡Quién a aquel tiempo volviera!

¡Ay! ¡Cuán pesados los años
después de aquello vinieron!
¡Qué fatales desengaños
rama a rama deshicieron
mi choza, la de la sierra,
donde se acaba la tierra!

No quiero volver a verlo.
Aquel lugar encantado
no podría conocerlo.
¡Estará ya tan cambiado
como yo y ella, que, al verla,
la veo sin conocerla!

Aun allí acaba la tierra,
pero el cielo que vi allí,
aquella luz de la sierra
para siempre la perdí...
y se llevó la belleza
de aquella naturaleza.

M. M.

Nao es tu

Era así; al verla creí
ver su gracia y su esplendor.
Tenía la misma color
aquel ensueño que ví
cuando soñaba de amor
y en mis sueños me perdí.

Toda así; su porte altivo,
su semblante pensativo;
y una ligera tristeza
que en su rostro se veía,
cual velo que le envolvía
para aumentar su belleza.

Toda así; dulce su hablar,
ingenuo y casi vulgar;
con poder de la razón
que convence, no seduce,
y con su fuego conduce
la luz hasta el corazón.

Igual su mirar sereno;
igual perfume en su seno,
olor a rosas celestes,
rosas blancas y benditas,
lozanas cual margaritas,
sencillas, sin ser agrestes.

Mas no eres tú... ¡Ay, no lo eres!
La ilusión se me deshizo,
que aquélla, la otra ilusión,
prendada del mismo hechizo,
me brindaba sus placeres...
¡y tenía corazón!

M. M.



FRANCISCO DE SÁ DE MIRANDA

Diálogo de duas moças

Mote.

En aquella sierra quiero ir a vivir;
quien bien me quisiere, vendrá allí por mí.

Volts.

- I. En estos poblados
todo son porfías;
yo, con mis cuidados,
no tengo alegrías,
que allá en la floresta,
a orillas del mar,
no he de festejar.
- II. Sombras y aguas frías,
cantos de las aves
en las tardes, suaves
son sus melodías.
¡Qué aprisa los días
tienen que correr!
¡Nunca han de volver!

I. ¡No juzgue la gente
nunca a otro por sí!
Un bien presentí
en la vida, ausente.
¡No deja este bien
(si se le ha de hallar)
más que desear!

II. ¡Deja vanidades!
¡La vida es muy dura!
¡Siempre la amargura
trueca voluntades!
Y son mis nostalgias,
en el aire armadas,
dichas malogradas.

I. En una espesura
me he de ir a esconder.
En la selva oscura,
¡qué bien me hallaré!
Si tal bien no dura;
si se ha de pasar,
¡todo ha de acabar!

M. M.



ALEXANDRE HERCULANO

La tempestad

Silva el viento. Las nubes han cerrado
sobre los densos aires.
Ruge a lo largo el temporal que cruza
la extensión de los mares.
Viene la ola corriendo desde lejos
en su terror envuelta;
y, entre las sombras pavorosas, rápidas
se cruzan las centellas.
El sol, ya en el ocaso, esconde el último
fulgor que le quedaba;
vase huyendo a la nube que le sigue,
espesa y dilatada.
Las ondas negro-azules van juntándose.
Se convierten en sierras
altas, que caen sobre otras moles, vivas
y también gigantescas.
¡Oh, tempestad! ¡Yo te saludo! ¡Numen,
de la natura azote!...
¡Guía de los volcanes! ¡Del mar reina!
¡Tu vestido es la noche!

Cuando en viento y granizo convertida
haces quebrar las ramas;
cuando en la sombra pavorosa ruges
y desolación mandas,
¿quién ante ti galardonar osara
de gloria y poderío?...
¡Tú, que haces doblegarse, quejumbroso,
al cedro sobre el río!

.....
.....
.....

Un consuelo le queda todavía
al que velando está:
Dios le dejó en las sombras de la vida
amores y amistad.
Lo demás, es sepulcro blanqueado
por embustera mano;
vanos placeres que a nuestra alma traen
remordimientos vanos.
Yo pasaré la noche de mi vida
entre amistad y amor,
hasta que suba al trono del reposo
donde todo lo es Dios.

M. M.



ANTONIO FELICIANO CASTILHO

A visao

Volé con el pensamiento,
cual relámpago ligero,
hacia los muros sombríos
de un sombrío monasterio.

Melancólico y silvestre
era todo aquel lugar;
de un lado, montes desiertos;
de otro, pinares y mar.

Entré y llegué decidido
hasta el fondo del santuario,
profanando su quietud
con mi paso temerario.

Por todas partes vi noche,
silencio por todas partes.
¡Ninguna voz! Sólo el ruido
de mi pisar vacilante.

Y fuera, el canto del buho,
que triste se repetía,
y por la bóveda extensa
se alejaba y se perdía.

Luego el reloj de la torre
la media noche hace oír;
despierta el templo a sus ecos
y torna luego a dormir.

.....
.....
.....

Mas, ¿qué virgen es aquélla?
¿Por qué entró en la soledad?
¿Porqué no está pensativa?
¿Por qué agitada no está?

¡Alta noche!... ¡Ella allí sola!
¿Por qué razón no tembló
el mortal desconocido
que su templo profanó?

¿Dónde está ese monasterio?
Ese encantado lugar...
¡De un lado, montes desiertos!
¡De otro, pinares y mar!

Hombres, dejad mi secreto;
baste saber que soy de ella,

sea cual fuere su retiro,
sea quien fuere la doncella.

Mujeres, aquel fantasma
os ha excedido en encantos.
Serán de ella eternamente
mis amores y mis cantos.

M. M.



ANTONIO AUGUSTO SOARES PASSOS

O *firmamento*

¡Gloria a Dios! Tú nos abres el inmenso
libro del infinito,
donde en mil letras de fulgor intenso
tu nombre adoro escrito.
Tienes del tabernáculo corrida
una punta del velo misterioso...
¡Despréndete del cuerpo y de la vida,
alma que ansías porvenir glorioso!
Estrellas que brilláis acompasadas,
¿cuál es vuestro destino?
Vosotras sois las lámparas sagradas
en el umbral divino.
Nacidas en el seno omnipotente
y teniendo por fin la eternidad,
sois las centellas de su carro ardiente
que va rodando por la inmensidad.
Y cada una sin duda un astro encierra,
sol de opaco reflejo,
monarca de otros mundos cual la tierra,
que forman su cortejo.

¡Nadie puede contaros! ¿Quién pudiera
 esos mundos contar, llenos de vida
 y oscuros, como oscura es nuestra espera
 a la divinidad desconocida?

.....

.....

.....

¡Gloria a su nombre! Un día, meditando
 un cielo mejor hecho,
 el cielo de ahora, a su imperioso mando,
 tal vez caiga deshecho.

Entonces, mundos, sol, astros brillantes,
 como bando de águilas disperso,
 chocándose en destrozos humeantes,
 en el fondo caerán del Universo.

Entonces tornará la vida al seno
 del foco soberano,

y todo parará, en el sereno
 poder del Dios humano.

Y acabado, por fin, cuanto hoy fulgura.
 tan sólo quedará en la inmensidad
 el silencio, a esperar la voz futura,
 el trono de Jehovah y la eternidad.

M. M.



JOSÉ DA SILVA MENDES-LEAL

O pavilhao negro

¡Allá vienen las naves de la Francia! Ma-
ondea en cada tope la gloriosa [jestuosa
bandera a tres colores!

Es la misma que en otra hora, entre ardores
populosos de aquella gran ciudad,
flotaba soberana en las Bastillas,
como un iris que teje maravillas,
sobre un cielo de amor y libertad.

Es la misma que el mundo saludó
con un grito que el ámbito cruzó,
llegando al pueblo aquel
que supo hacer un pueblo libre de él;
¡cuando en supremo gesto de bravura
las indefensas turbas metralladas,
apretando las filas mutiladas
forjaban armas de sus ligaduras!

¡Es la misma, y por serlo es nuestra amiga!
Si no bastan relatos, que lo diga
la voz del corazón,

que no puede mentir, pues hay razón
 para ensalzar ese naval cortejo.
 ¿Cuál es tu emblema, dí? "Fraternidad."
 Pues eso es ya una ley de humanidad.
 ¡Sea bien venida! ¡Salve, oh torres del Tejo!

.....

¡Oh musa, te ha cegado el entusiasmo,
 reflejándote un prisma engañoso!...
 ¡El mundo sobrepuesto ve con pasmo
 los colores triunfantes, sin valor!...

Mas no bajas la frente consternada
 por saludar ese pendón fatal,
 por ver que hoy es la lira y no la espada
 la que ostenta en su mano Portugal.

Te llevó el extranjero un poco de oro
 que ganaron sus negros; pero en pos
 se dejaron tu honra: ese tesoro
 basta a la patria, a la virtud y a Dios.

¡Musa, alégrate, musa, cual me alegro!
 ¡Extiende el brazo y tu amenaza pon!
 Allá va el negro precio... el bajel negro,
 ¡y sobre ellos el negro pabellón!

M. M.

JOSÉ SIMOES-DIAS

A tua voca

Cuando te veo en la noche
sobre la silla sentada,
el chal vistiendo tus hombros,
a tu rueca consagrada,

puesta la vista en el copo,
moviendo el huso en los dedos,
tus labios contando al hilo
de tu boca los secretos,

digo siempre para mí,
con los ojos en tu rueca:
"Si fuera copo, podría
besar yo los labios de ella."

Siempre que te he visto hilando
he envidiado los desvelos
con que deshilas del lino
los plateados cabellos.

¿Y aquella cinta de seda
que va envolviendo lo hilado?
se me figura esa cinta
tu amor, que me va apresando.

Parece aquello el abrazo
de un cariño todo nuestro;
la trenza de tu guedeja
haciendo trenza en mi cuello.

Digo siempre para mí
viendo la cinta de seda:
“¡Quién me diera ser el copo,
si la cintiña fuera ella!”

No sé yo si lo que siento
es tristeza o es ventura,
cuando suspendes la rueca
de tu adorable cintura.

Pienso que hilas con tus dedos
los días de mi existencia,
cerca de ti, siempre corta,
larga, cuando no estoy cerca.

Parécesme un ramillete
sentada sobre tu silla,
y la cinta de tu rueca
del ramillete la cinta.

Mi amor, ¿cuándo acabarás
de ver la madeja blanca,
para escuchar en la noche
la voz que amores te canta?

Soy yo, que estoy acordándome
de tus besos en promesa,
y pienso que son a mí
los que le das a la rueca.

M. M.



JULIO DINIZ

Trigueira

¡Morena! ¿Qué tienes? ¿Fea
con tu color te imaginas?
¡Fea tú, que así fascinas,
llevándote al mundo en pos!
¿Acaso vas a envidiar
esos semblantes de nieve?
¡Ay, pobre cabeza leve!
¡Que no te castigue Dios!

¡Morena! ¡Si tú supieses
lo que es ser así! ¡Morena!
de gracia y malicia llena,
como tú lo sabes ser,
no vendrías a quejarte,
toda sentida y llorosa,
teniendo envidia a la rosa,
siendo tú rosa, mujer.

¡Morena! Por ser morena
te quise y te quiero tanto;
por ser morena, tu encanto
vino a encenderme de amor...
¿Y suspiras y murmuras?
¿Pero qué es lo que querías?

¿Pues más bella te creerías
si fueras de otra color?

¡Morena! ¿Dónde realzan
más unos ojos de luto
que en tu cara, si son fruto
que se creó para ti?
¿Dónde el correr de una lágrima
mejor su encanto presenta
y una sonrisa nos tiente
como tu sonrisa a mí?

¡Morena! ¿Y lloras por eso?
¿Lloras cuando otras pretenden
esa color, y se encienden
por fascinar como tú?
¡Oh loca, nunca más digas
de la color de tu cara,
que es cual si el agua envidiara
la pureza del tisú!

¡Morena! Esconde ese llanto
que te alcanza y que me alcanza.
¡Qué falta de confianza!
¡Qué graciosa timidez!
¡Enjuga tus bellos ojos,
que así mirarte me apena,
y ante mí, nunca, morena,
te lamentes otra vez!

M. M.

TOMAS RIVEIRO

A Portugal .

Mi Portugal, mi cuna de inocente;
recuerdo de un ayer ya muy lejano;
mi variado jardín de adolescente,
mi naranjal en flor, siempre lozano,
noche mía de amor, mi día riente,
mi crepúsculo hermoso, soberano,
mi dorado pomar siempre risueño.
¡Sé mi cuna final, mi último sueño!

Me acostumbré a quererte, pueblo mío,
desde que supe amar, y ¡te amé tanto!...
Consagraba las noches del estío
al éxtasis, ahogado en risa y llanto.
Quise cantarte amor, y en mi albedrío
no encontraba el cantar digno a tu canto,
mas yo tenía que amarte, sí, de fijo...
¡Tenía un corazón y era tu hijo!

Jardín de Europa, junto al mar, plantado
de laureles y acacias olorosas,
de fuentes y de arroyos serpeado,
rasgado por corrientes procelosas,
donde en un cerro erguido y requemado
se casan los jazmines y las rosas;

balsa eterna de próspera alegría,
en que cantan las aves noche y día.

Quien te desdeñe, o sufre desvarío,
o nunca vió tus campos de labranza,
o jamás al posar tu sol de estío
vió franjas de oro y rosa en lontananza,
ni ondas de azul y plata en cada río,
ni perlas en tus fuentes, ni esperanza
en tu cielo, que irisa eternamente
una luz de ventura omnipotente.

¡Hija de las fecundas primaveras!
¡Patria rica de mieses y pomares,
recuerda al mundo ingrato aquellas eras
en que tú le enseñaste a hacer altares!
Muéstrale las que fueron tus galeras
e hicieron descubrir mundos y mares,
y si alguien tu pobreza menosprecia,
¡ríete de él: la fatuidad es necia!

¿Por qué te miras triste y pobre, siendo
reina en mi corazón, del mar señora?
¿Por qué así te consumes, sucumbiendo
a tu nostalgia cruel, desoladora?
¿Por tus viejos laureles? Lo comprendo.
¿Que no fuiste pagada? ¡Sea en buen hora!
Tú reinarás desde tu trono augusto
con amor de tus hijos. ¡Dios es justo!

M. M.

FRANCISCO GOMES DE AMOSIN

O desterrado

¡Oh qué blancas son las flores
de este verde jarminal!
Me recuerda su fragancia
perfumes de un naranjal...
¡Mas tienen más suave aroma
las rosas de Portugal!

El corazón de esos bosques
¡cuántas riquezas encierra!
Son inmensos estos ríos,
inmenso el valle y la sierra.
¡Mas no tienen la hermosura
de los campos de mi tierra!

Estos astros son más bellos
y es más bello su fulgor,
mas lucen en el destierro
y yo no les tengo amor.
¡Ay, astros los de mi tierra!
¡Quién me diera vuestro albor!

¿Qué me importan esplendores,
prodigios que veo aquí,
aves de vivos plumajes,
los cantos del *juruty*?...
¡Si me faltan las bellezas
de la tierra en que nací!

Allí es la luna más clara
y más fragantes las flores,
más castos los besos dados
en más sinceros amores,
y los bosques más modestos
tienen más admiradores.

¡Todo aquí luce con galas,
de vigoroso matiz!
¿Qué importa? Si la nostalgia
viene al proscrito a decir
que no existe tierra hermosa
sin el sol de su país.

M. M.



ANTHERO DE QUENTAL

Solemnia verba

Dije a mi corazón: “¡Mira por cuántos
vanos senderos fuimos! Considera
ahora desde esta altura fría y austera
los yermos que regaron nuestros llantos.

¡Cenizas donde había flores y encantos!
¡Noche donde hubo luz de primavera!
¡Mira a tus pies el mundo y desespera,
sembrador de las sombras y quebrantos!”

El corazón, entonces, valeroso
a fuer de la tortura repetida
y de tanto penar no pesaroso,

respondió: “¡Desde aquí veo el amor!
No fué en vano vivir; si esto es la vida,
es bueno el desengaño y el dolor.”

M. M.

Sonho oriental

Sueño ser rey de una isla con frecuencia,
muy lejos, en los mares del Oriente,
donde, en la noche en calma, la fulgente
luna llena nos da su transparencia.

Donde se queman yerbas olorosas
que embalsaman exótico el ambiente,
y la orla de los bosques vagamente
dibuja el mar con ondas rumorosas.

Cuando yo en la baranda de marfil
me recuerdo, quemándome en su hoguera
de ideas, tú, mi amor, vas a vagar

por las frondas del mágico pensil,
o descansas al pie de una palmera
con tu viejo león, ya familiar.

M. M.

Entre sombras

Algunas veces viene junto a mí
—la noche, en flor, va deshojando rosas—,
viene a estar junto a mí con vaporosas
alas, una visión que nunca huí.

Posa su mano con veneración
—la noche está, entre aromas, sosegada—,
posa su mano amante y perfumada
sobre mi dolorido corazón...

Y me dice, de mí compadecida
—cruza un suspiro el ámbito celeste—,
me dice: “¿Por qué buscas el sitio este
y lloras y reniegas de tu vida?”

¡Vén conmigo! A mi voz no estés reacio
—la noche calla en un silencio santo—,
en un sueño feliz, lleno de encanto,
traspondrás con mi ayuda el amplio espacio.

Yo habito una región algo distante
—la noche es un emporio de ambrosía—,
donde aun se cree y se ama todavía,
donde una aurora igual brilla constante.

Habito allí, y tú vendrás conmigo
—la luna envía claridad que ofusca—,
yo vengo de muy lejos en tu busca,
a traerte paz y alivio, pobre amigo...”

Así me dice la visión nocturna
—el viento trae protestas dolorosas—,
y parecen sus frases amorosas
agua corriendo en cristalina urna.

Mas yo la escucho inmóvil, somnoliento
—nieva la fronda el titilar del cielo—,
y yo siento un amargo desconsuelo
y un mudo y tenebroso pensamiento.

La miro algo turbado y algo incierto
—la noche solitaria calla y duerme—;
la miro, y, sin poder sobreponerme,
le respondo: “¡Bien sabes que estoy muerto!”

M. M.

Sepultura romántica

Allí, donde el mar forma un borbotón
rugidor y monótono, y el viento
convierte el arenal en un lamento,
allí se ha de enterrar mi corazón.

Al sol de aquella adusta soledad
se quemará en la hornaza del estío;
después, en el invierno, con el frío,
se retorcerá lleno de ansiedad,

hasta que se deshaga, y ya tornado
en impalpable polvo, sea llevado
por un soplo de viento al levantar,

con sus lacras, su anhelo ya cansado,
y con su amor, desde el acantilado
hasta fundirse en ese amargo mar.

M. M.

O que diz a morte

Dejad venir a mí a los sin remedio;
dejad venir a mí a los que padecen:
a los que, llenos de amargura y tedio,
sus propias obras vanas escarnecen.

En mí los sufrimientos que no curan,
Pasiones, Duda y Mal, se desvanecen.
Los torrentes de pena, que perduran,
como en un mar, en mí desaparecen.

Dice la muerte así—verbo velado
y silencioso intérprete sagrado
del más allá—, lo dice muda y fría.

Pero es su madurez más retumbante
que el clamoroso mar, más rutilante
su noche oculta, que la luz del día.

M. M.



JOAO DE DEUS

A vida

I

Fuéseme poco a poco amorteciendo
la luz que en esta vida era mi guía;
con los ojos en ella, hasta creía
que el mundo se me iba oscureciendo

según se me alejaba. Pues no viendo
su luz, todo a mi vista se borraba.
Despuntaba ella apenas, despuntaba
de nuevo en mí la luz que iba perdiendo.

Alma gemela mía, ingenua y pura
cual todos los mortales no soñaron,
me ha enseñado que el bien, bien poco dura.

No sé si ella se fué o me la llevaron,
ni sé contar mi amarga desventura
a los que aun en el mundo no lloraron.

II

Cuando en su pecho amante reclinaba
(pecho más puro y blanco que el armiño)
como abeja en la flor, y profanaba
sus labios y libaba su cariño;

cuando en sus claros ojos (que eran bellos
reflejos de aquel ser que tanto adoro)
su amor leía, escrito en letras de oro,
formadas por el haz de sus cabellos;

cuando con un repliegue breve, escueto,
de sus labios de rosa poco abierta,
cual tímida paloma siempre alerta,
me imponía, ora silencio, ora secreto;

cuando, con su aureola delicada
y bella, cual la flor que haya más bella,
pasaba como el cisne, o como aquella
nube de oro que pasa a la alborada;

cuando vertía su alma dolorosa
la plegaria en el Dios de la clemencia,
como en la mano de la providencia
vierte una nube el llanto en una rosa;

cuando la cruz de su collar veía
extendiendo los brazos, cual si fuera
el símbolo de amor que nos uniera
y me decía... lo que nadie oía;

cuando una negra nube descargaba
sobre mi corazón lleno de hiel,
y ella el rostro acercándome, con el
perfume de su risa lo eclipsaba;

cuando su trenza de oro al viento dando,
sobre su níveo cuello y su vestido,
como ave que su par había perdido
la oía lejos mi pecho palpitando;

cuando el anillo de su boca abría,
como una rosa que se abre, de agua llena,
y al tiempo que el calmante de mi pena
mil rosas por la cara me esparcía;

tenía el cielo de mi alma los colores
del iris, me era el mundo un paraíso,
derramábame el alma el bien preciso,
¡Debajo de mis pies brotaban flores!

Dios aun me protegía, era mi luz,
leía su nombre en todo cuanto existe,
en el campo, en la playa árida y triste,
en el cielo, en el mar y en la virtud.

III

La vida es el día de hoy,
la vida es viento que suena,
la vida es sombra que huye,
la vida es nube que vuela.

La vida es sueño tan leve
que se va como la nieve
y como el humo se va;
la vida dura un momento
más breve que un pensamiento:
la vida llévala el viento
como hoja que caída está.

La vida es flor al azar
de una corriente insegura;
la vida llévala el viento
errante, azarosa nave,
nube que el viento en la altura,
onda que el viento en el mar
una con otra lanzó.
La vida (pluma caída
del ala de un ave herida),
de valle en valle impelida,
el viento se la llevó.

M. M.

Epitafios

*Ao Dr. Theophilo Braga e sua Excma. esposa.
para a campa dos seus filhos.*

Del jardín del corazón
han de brotarnos dos flores,
que todavía casi abriéndose
marchitarán sus colores
y hasta el suelo se vendrán...
¡Dónde están nuestros amores
y nuestros ojos están!

A campa de Anthero de Quental:

Aquí... yace polvo; yo no; yo soy quien fui:
todo animado de una luz celeste
a la cual nuestras almas la muerte restituye,
devolviendo a la tierra el polvo que las viste.

M. M.

Carta

¡María! Verte a la puerta haciendo media,
mirando para mí de vez en cuando,
es lo que en esta vida me recrea.

Despierto hasta de noche, esperando
a que rompa el albor y tenga el gusto
de verte ya tan pronto trabajando,

Desde por la mañana hasta que el sol
se pone, no descansas un momento.

¡Por tal causa es tan bella tu color!

¡Yo, pálido, María! El pensamiento
no es trabajo que aumenta la salud:
esta imaginación es un tormento.

¡Qué bello tiempo aquél, cuando podía
llevar, como tú llevas, esta vida
llamada ingrata y dura, todo el día!

No supe lo que fué melancolía,
nunca probé las hieles de una lágrima
con que nuestra alma su dolor alivia.

Sí, andaba por las cumbres, caminaba
a la lluvia y al sol, y siempre solo,
viendo las altas rocas escarpadas.

Descendiendo por el barranco estrecho
y cortando el espeso matorral
por fuera del camino y los senderos.

Pero entonces no iba tu retrato
conmigo en mi alma con amor impreso,
donde hoy lo traigo con mayor recato,
y un desengaño que no lo merezco,
no me tenía aún con la esperanza
de alcanzar algún día lo que apetezco.

No fué, no, la pasión lo que me trajo
tan herrabundo, (digo la verdad,
no te lo negaría en caso contrario).

Es... que la turbulenta mocedad

no cabe en sí, no para de contento,
y yo era joven y seguí a la edad.

Tú eras en aquel tiempo simplemente
la flor que va creciendo, todavía
capullo sin abrir, tierno, inocente.

Aún ese lindo pie y esa cadera
tan ancha como estrecha tu cintura,
no eran en mí la inseparable idea.

¡Esos encantos de mujer perfecta,
ese pecho redondo y arqueado
eran entonces sólo una promesa!

¡Tal vez sin ti estaría más sosegado,
o, ya que mi ventura es siempre triste,
no me vería al menos embrujado!

¡Es tu cuello tan lindo, que no existe
otro así torneado! ¡Ante tu rostro
de agradable expresión, nadie resiste!

¡Es tu boca tan roja, que riendo
me recuerdas, mujer, una granada
cuando ya de madura está cayendo!

¡Esos ojos azules, que al mirar
engendran el deseo de guardarlos
dentro del alma para verlos más!

¡Ni puedo hablar mirándote! No hablo
de extasiado que estoy, y mansamente
gimo y oculto los ayes que exhaló.

¡Nube de la mañana reluciente,
manto real de seda delicada,
cada hilo es un grillete que me prende.

Bien podías, María, andar tapada
sólo con tu cabello, a semejanza
del sol entre una nube arrebolada.

¡Es todo encantador! ¡Ya hasta me cansa;
estar mirando siempre y siempre viendo
un nuevo encanto que de amor me abrasa!

Y si tu linda voz sale diciendo
las mimosas palabras que acostumbra,
la muerte siento al escuchar su acento.

¡Que además de ser bella cual ninguna,
te cupo en suerte un corazón perfecto,
y en ti no hay, María, falta alguna!

¡Oh, qué dichoso, alegre y satisfecho,
vivirá el hombre que lograr consiga
sentir tu corazón junto a su pecho!

¡Y que en deliciosísima agonía,
viéndote yo con ojos desmayados,
como desmaya el cielo con el día

en alas de la dicha atravesando
los espacios del éxtasis mayor,
abrazado contigo llegue amante
al lugar de la dicha y del amor.

M. M.

A d o r a ç a o

Miré tu rostro hermoso,
ese rostro sin par;
contempléle de lejos, silencioso,
como quien vuelve de áspero destierro
y ve, al aire subiendo,
el humo de su hogar.

Vi ese mirar, que ciega
de forma sin igual;
tranquilo como lámpara sagrada,
bello como la luz de la alborada
que al navegante llega
después del temporal.

Miré tu cuerpo de ave,
que parece que se
mueve como una estrella en ese tul
puro del cielo y deja en el azul
una estela suave
que sorprende y atrae.

Atrae, mas yo no puedo
contemplarlo a placer,
porque ella tiene un algo que me encanta,
un algo que mi espíritu levanta
en éxtasis, y quedo
por verla más, sin ver.

Tiemblo, apenas presiento
 tu bella aparición,
 y si a ti me acercase, al ver tu cara
 cegara con tus ojos, sí, cegara.

¡No es amor lo que siento
 es una adoración!

¡Que las alas sutiles
 de tu ángel tutelar
 te abriguen a su sombra santa y pura!
 ¡Que yo seré feliz mientras que pueda
 tus formas femeniles
 de lejos contemplar!

M. M.

ANTONIO CANDIDO GONÇALVEZ CRESPO

Alguem

Para alguien soy un lirio en los abrojos
y tengo la figura ideal de Cristo;
para alguien soy la luz, luz de sus ojos,
y si existe la tierra, es porque existo.

Ese alguien que prefiere al encantado
trino del ruseñor mi ruda voz,
¡no eres tú, ángel mio idolatrado!
¡Ni mis amigos! ¡No, ninguno sois!

Cuando en la noche voy a dormir, deshecho,
melancólico, triste y fatigado,
ese alguien abre las alas en mi lecho
y desliza mi sueño perfumado.

Dios dé su bendición a la que llora
por mí, allende los mares. Ese alguien
es de mis días la esplendente aurora,
eres tú, vieja mía, tú, ¡mi madre!

M. M.

GOMES LEAL

Los Apóstoles.

Un día iba Simón el Galileo
callado y solo, triste y pensativo,
lanzando al mar sus redes vanamente...
El Rabí se le acerca... "¡Vén conmigo!
Sígueme y deja, dícele el Maestro,
tu barco y todo, en las tranquilas aguas.
Deja tus padres y tu hogar y todo...
Vén conmigo. Te haré pescador de almas."

El Rabí juntó más, que abandonaron
también por El las redes en el bote...
También entre ellos uno reclutaron,
a Judas Iscariote.

GONZÁLEZ-BLANCO.

Los caballeros

"¿Adónde vas, caballero,
tan de noche y sin lunar?"
Le dice el viento viajero
al lado suyo al silbar.

No responde el caballero,
que está mudo, a meditar.

“¿Adónde vas, dice el viento,
en tan poco galopar?
¿Andas buscando un convento?
Yo te enseñaré a rezar.”
Surge la luna un momento,
como un convento sin par.

“¿Vas a llevar un mensaje?
Pues yo te lo iré a entregar;
cuando estés a medio viaje,
yo de vuelta habré de estar.”
Y al seguir, en su pasaje,
hace a los pinos doblar.

“¿Vas a un castillo roquero?
Yo te ayudaré a escalar:
no hay en el mundo cantero
que a mí se puede igualar.”

No responde el caballero,
y el viento torna a cantar.

“Dime: ¿vas para la guerra?
Pues yo te quiero llevar,
que no hay caballo en la tierra
que tenga tan buen andar.”
Y la tormenta en la sierra,
hace a las rocas temblar.

“Has de ganar las batallas,
que por ti he de velar:
me pondré frente a las balas
y las haré vacilar.”
Los árboles forman alas
viendo al guerrero pasar.

“¿Quieres llevar carabelas
sobre las aguas del mar?
Pues yo te inflaré las velas,
sin cansarme de soplar...
Y en el cielo las estrellas
se asoman para escuchar.

“¿En tan loca galopada
vas de tu infancia, a tu hogar?
Yo conozco tu posada,
allá tengo ido a parar.”
La tormenta va alejada
y el cielo va a clarear.

“¿Buscas a tu vieja tía,
que está rubio lino a hilar
en rueca de pedrería?
Yo se lo ayudé a secar...
Es tal la Virgen María,
hoy de brillante, el lunar.”

“¿Vas buscando a tu madrina?
Cuitada, la vi expirar;
tan leve su alma divina
voló, sin yo la tocar.”
Y el caballero camina,
camina, sin contestar.

“¿Buscas a tu hermana? Al pecho
tiene un niño a criar,
un hombrecito ya hecho,
que ella arrulla sin cesar.”
Y el viento ronca en su pecho,
como imitando un cantar.

“¿Buscas a hermanos distantes?
Siempre los veo trabajar;
andáis por el mundo errantes,
la muerte os ha de juntar...”
Y las cañas, rebrillantes,
bátense en duelo, al lunar.

“¿Buscas (si tienes) amigos?
¿Qué les llevas para dar?
Si la higuera tiene higos,
todas la son a elogiar.”
¡Qué perfil de ojos antiguos!
¡Qué tristeza en el mirar!

“¿Dónde vas tú? ¿Dónde? ¿Adónde?
Fantasma, ¿te vas casar?
Sé de la hija de un conde
que vive por ti a penar...”
Y el fantasma no responde,
siempre, siempre a caminar.

“¿Quieres lograr la ventura,
que no os cesa de tentar?
(Buscarla es una locura,
yo no la puedo encontrar.)
Se detiene la criatura
y hace al caballo parar.

“Viento, sí. ¡Espera, espera!
¿Qué camino he de tomar?
(Y un niño, y una quimera,
todo le ríe al mirar.)
Y el viento, con voz austera,
dolor queriendo imitar:

“Deja, dice, las posadas,
no vuelvas a descansar;
son inútiles jornadas,
que nunca allí has de llegar...”
Palabras son puñaladas
que al alma le hacen sangrar,

y sus cabellos trigueros
 comienzan a blanquear;
 míranse los caballeros,
 y ambos quedan a pensar.
 Languidecen los luceros,
 se oye a los gallos cantar.

“Adiós, adiós, nace el día.
 Adiós, vamos trabajar.
 Adiós, adiós, alma mía,
 me llaman velas al mar.”
 Y el viento, en su melodía,
 va en su caballo a volar.



ANTONIO NOBRE

¡Pobre tísica!

Quando ella pasa por mi puerta,
delgada, lívida, casi muerta,
y va a la orilla del mar
—labios blancos y disjuntos—,
mi corazón dobla a difuntos,
mi corazón rompe a llorar.

Pasa tan leve, que suspira
el mismo aire, y ella mira
a las gaviotas sobre el mar;
y es así cuando sus ojos,
que de tan ardientes son rojos,
son dos murciélagos a volar.

Viste un traje blanco de nieve,
saya lisa, gorrita leve,
zapatos blancos, ¡toda lunar!
Por eso, cuando llega a la playa,
las más suspiran: “¡Que bien hayas,
novia feliz que vas a casar!”

Va con ella una perra oscura
que, de aquí a poco, a la sepultura
la irá, tal vez, a acompañar;
la perra conoce el estado de ella,
por eso ladra con cautela,
y, cuando tose, rompe a aullar.

Y así, solita como el aya,
se sienta al sol, sobre la playa,
entre los niños, que es su lugar;
y el mar, ya viejo y ya cansino,
deshilando sus barbas de lino
se detiene con ella a charlar.

Hablan de ensueños, de ángeles, y él
habla de amor, le habla de aquel
que tanto y tanto la hace penar...
y el corazón se rompe todo
cuando, al sonreír con tanto modo,
el mar le dice: "Has de curar."

¿Curar? ¡La pobre desdichada!
Buen cura, ungid a esta cuitada,
venid su alma a recomendar;
cuerpo de ángel, divinas manos,
vais a ser pasto de los gusanos,
las larvas os van a devorar.

¿Curar? Del color de los blancos linos
son sus deditos cristalinos,
su cuerpo la rueca de hilar...
Y al oír su tos cavernosa,
veo una negra mariposa
y escucho su ataúd clavar.

¿Curar? Delgada y cristalina,
su nariz, que es griega y fina,
se la ve, poco a poco, afilar;
sus ojos lanzan ígneas llamas.
¡Ay! Pobre madre, que tanto la amas.
¡Cautela! El otoño está a llegar.

ALVARO DE LAS CASAS.

Soneto

Horas en que mi pluma hirió con pena
la llaga abierta de ese cuerpo amado,
que es una llaga a supurar gangrena,
llena de pus, de sangre coagulado.

Luego, con mano firme, alma serena,
compuse este Misal de torturado;
tal vez lloréis, tal vez os cause pena.
¡Llorad, que mucho tengo yo llorado!

Abridlo. Orad con devoción sincera,
que en el verso final de mi oración
veréis caer al suelo una quimera...

Y veréis cómo os dice el corazón
lo que es la vida, qué es lo que os espera,
¡inacabable Viernes de Pasión!

ALVARO DE LAS CASAS.

Tu mirar

Tu mirar me consuela,
consuela tu mirar;
tienes perfil de abuela
con ojos de rapaz.

Ya vienes de la escuela
jugando al tra-la-rá...
Y yo soy en tu ruego
un buen chiquillo más.

Te sigo, flor de astros.
solo vivo en los rastros
que trazas al volar,
y digo a veces sólo:
"Vuelve otra vez al colo,
¡Te volveré a arrullar!"

ALVARO DE LAS CASAS.

Soneto

Vírgenes que pasáis el sol poniente
 por los caminos yermos, a cantar;
 yo quiero oír una canción ardiente
 que me transporte a mi perdido hogar.

Cantadme en esa voz omnipotente
 el sol que muere aureolando el mar,
 el colmo de las eras relucientes,
 la gracia, el vino, la hermosura, el llar.

Cantad, cantad las límpidas canciones;
 del fondo de mi hogar desenterrad
 todas aquellas muertas ilusiones.

que vi morir en sueños... Despertad,
 mozas de mis amadas emociones,
 y adormecedme en vuestra voz... Cantad.

ALVARO DE LAS CASAS.

Rosa de té

Vine del bosque, amor mío,
 y traje (¡vaya una idea!)
 una flor aún con rocío,
 para nuestra humilde cena.

Dios sabe con qué agonía
busqué entre los malmequieres
esta taza de rocío
que, juntos así..., ¿no quieres?

* * *

¡Canciones de sol! Canciones bermejas,
abrid ya las alas triunfantes;
posad en bando como abejas
en las guitarras de los estudiantes.

ALVARO DE LAS CASAS.



GUERRA JUNQUEIRO

La morena

Yo ya sé, no niegues,
que tú tienes pena
de que las rapazas
te llamen morena.

Yo no...Pero, en fin,
¿qué te importo yo,
ni que las morenas
me gusten o no?

Mira las violas,
tan negras corolas
y oliendo tan bien,

pues ve lo que fuera
si Dios las hiciera
morena también.

Niña, hay rosas dobles
y las hay sencillas,

las hay encarnadas,
las hay amarillas,
color de azucena,
quebrada color;
empero, morena
no hay más que una flor.

Morenas han sido,
y estaban muy bien,
las mozas más lindas
de Jerusalém.

La Virgen María,
no sé, mas sería
morena también.

Moreno era Cristo;
ya ves por qué insisto,
porque no quisiera,
moza, que te diera
tantísima pena
de que las rapazas
te llamen morena.

R. FERNÁNDEZ METO

Eras a la Luna

Albor de luna en las eras!...
 ¡Blancuras más volanderas,
 que sábanas de hilanderas
 o espumas de aguas de mar!...
 Sobre espigas de oro, las espigaderas,
 bailan en la argéntea claridad lunar...

Bailad, bajo las llorosas
 claridades misteriosas,
 floraciones, nebulosas,
 nimbos de vagos martirios!...
 Dios guarda, en la aurora, la sangre a las ro-
 [sas
 y ordeña, en la luna, la leche a los lirios...

¡Plata y oro amontonado,
 luz de luna y pan dorado,
 polvo de trigo hacinado,
 y hechizos que en él están!...
 ¡Oh, bailad en torno del montón nevado
 que será corteza sobre vuestro pan!

¿Quién, por laçeras y prados,
 tirando de los arados,
 abrió surcos abrigados,
 y muelles como una cuna?
 ¡Oh, cercad, bailando, los bueyes pasmados,
 que con ojos tristes adoran la luna!

¿Qué pájaros atrevidos,
por los barbechos floridos,
por los caminos perdidos,
vienen, saltando, a picar?
¡Oh, bailad en torno de todos los nidos!
¡Cantad, y las crías echen a volar!

¡Cuántas limosnas, Dios bueno,
entre el trigo y el centeno,
dejan lirios en el seno,
y escurriendo luz las manos!...
¡Oh, bailad en torno de la mies segada,
que bailáis en torno de Jesús durmiente!

Albor de luna en las eras...
¡blancuras más volanderas
que sábanas de hilanderas
y espumas de aguas de mar!...
¡Oh, bailad, ligeras, las espigaderas,
en la gasa argéntea de la luz lunar!

E. MARQUINA.

Canción perdida

Hálitos donde el ópalo sobre sangre resbala,
maceraciones cárdenas de lucha y de agonía,
el campo, anochecido y adormecido, exhala...

Triste canta una voz en la angustia del día:

Alguien me tiene olvidada
del otro lado del mar.

¡Muerte, te daba mi vida,
si se la fueses a dar!

¡Muerte, te daba mi vida,
si se la fueses a dar!

Con el beso de sol en la faz cadavérica,
beso que unge la muerte de palidez silente,
la luna va flotando, sonámbula y quimérica...

Dulce, canta una voz melancólicamente:

Amor, escondí mi amor
en una cueva profunda;

Muere él, queda la añoranza,
muere el sol, queda la luna.

Muere él, queda la añoranza,
muere el sol, queda la luna.

La neblina callada, de sigilosos rastros,
fluctúa, evaporando los montes de granito
en colosos de sueño, extasiados de astros...

Febri!, llova una voz en el pasmo infinito:

¿Quién se queja, ruiseñor,
orillas del mar cansado?

¡Ay, es mi amor, que la cueva
pasa las noches llorando!

¡Ay, es mi amor, que en la cueva
pasa las noches llorando!

La luna enorme, la luna argentada y calma
sublimó, entonces, la Naturaleza entera;
la diluyó en flúido y la transfundió en alma.

Triste, expira una voz en la canción postrera:

Amor mío, duerme, duerme,
duerme en la arena del mar,

que antes que asome la aurora
contigo iré a descansar.

¡Que antes que asome la aurora
contigo iré a descansar!

E. MARQUINA.

La molinera

Por la senda llama, los dos, tras, tras, tras,
van un rucio y una viejecita errante;
van los dos ligeros, dale que le das,
antes que anochezca, mudos; tras, tras, tras,
detrás la viejuca y el rucio delante.

Tras, tras... La viejuca va para el molino;
ochenta años cuenta, ¡bien cumplidos éstos!...,
y está alegre, en este goce matutino,
tras, tras, y es tan fresca como el blanco lino
puesto en las mañanas a secarse al sol.

Va sin cabezada, en libertad franca,
el rucio lustroso de parda color;
no le herraron nunca, nunca vió retranca,
y, tras, tras, le aguja la viejuca el anca,
con un verde tallo de retama en flor.

Viendo a esta viejuca corcovada y lenta,
tras, tras, ¡que recuerdos de antigua quietud!
Mi abuelica ciega se me representa:
yo era de seis años, ella era de ochenta;
quien me hizo la cuna le hizo el ataúd.

Y tras, tras, tú sigues, lindo borriquito...
¡Para mis rapazas traédmelo aquí!

Nada más gracioso, nada más bonito;
cuando fué la Virgen camino de Egipto,
a lomos iría de un borrico así.

Tras, tras, ¡es ya tarde, molinera santa!
Nacen las estrellas, clara muchedumbre...
tras, tras... que mañana, cuando el gallo canta,
madre molinera, corre y se levanta
a vestir a los nietos y encender la lumbre.

Tras, tras, y el pollino, que se pavonea,
¡cómo trisca, al logro del camino llano!
Ganas me dan, viendo su humilde ralea,
de irme a la parroquia blanca de la aldea,
para bautizarlo y hacerlo cristiano.

Tras, tras, tras, y la molinera vuela,
va toda empolvada, como a un festival;
porque la empolvaron la cara y la tela,
con callada harina la sonante muela,
los ángeles rubios con claror astral.

Tras, tras, el borrico sigue su camino...
¡y qué remembranzas va dejando en pos!
Contaba mi abuela, con su hablar cansino,
que era así, como éste, de manso el pollino
que adoró en las pajas al Infante Dios.

Anochece... Suenan los bronces lejanos...
¡Molinera blanca, de blancor de luna!

Tras, tras... y por verte pasar, tus hermanos
los astros, entreabren, piadosos y humanos,
sus ojitos dulces de niños de cuna.

Tras, tras, y mirando blancura divina,
entre las estrellas la luna sin velo,
piensa el rucio: "¡Dios me valga, vecina!
¿Quién será el que muele tanta rubia harina
con la muela blanca que está allá en el cielo?"

E. MARQUINA.

Los pordioseros

Pobres de pobres van, ateridos,
almas sin llares, aves sin nidos.

Pasan en bandos, en amasijos,
por las aldeas y los cortijos.

Amagan truenos, vibran centellas...
¡Dios soberano nos libre de ellas!

Vienen por rutas desconocidas;
grandes zurriones, mantas raídas,

como los restos de una tormenta
a merced de una racha violenta...

Hijos de Cristo, nietos de Adán,
que para el hambre no tienen pan.

Los hay de vago mirar cruento,
¡dolientes ciegos de nacimiento!

Los hay de heridas agujeradas,
rojas de lirios y gangrenadas.

Los hay siniestros, de anchos bordones
¡Dios sólo sabe si son ladrones!

¡Los hay de humildes rostros llagados
parecen Cristos resucitados!

Los hay con fiebres o vesañas
de paludismos y epilepsías.

¡Campos y viñas!... ¡Huertas y flores!...
¡Ay, qué felices los labradores!

Ved, ya echan humo techo y hogares...
¡Si será incienso y ellos altares!

Dan en las puertas con los nudillos,
ladran los perros, lloran chiquillos...

Rezan y cantan, y, si les dan,
beben el vino, guardan el pan.

Que siempre un poco de su puchero
ceden los pobres al pordiosero.

A éste, vieja mano llagada,
se la consuelan con miel rosada.

Y a éste, que pide limosna y llora,
llenan de aceite la cantimplora.

Por cobertizos y por corrales
duermen, tirados, como animales...

En caravanas, en amasijos,
van por las sendas y los cortijos...

Saben castigos, dicen lamentos,
rondallas de astros y encantamientos.

Lloran cantando, sufren rezando,
¡sólo la muerte sabe hasta cuándo!

Pero, allá arriba, Dios les convida
con lecho blando, con pan de vida...

Sus pies, que llenos de sangre están,
santos y santas los lavarán.

Para lavarlos, todo un tesoro:
jarro de plata, jofaina de oro...

Y embalsamados, transfigurados,
con ropas blancas de desposados,

vivirán, llenos de eterna luz,
pobres benditos, amén, Jesús.

E. MARQUINA.



EUGENIO DE CASTRO

Presumida

Cuando por la vez primera
te crucé por mi camino,
llevabas, cual griega estatua,
linda túnica de lino.

Luego miraste hacia atrás,
al fondo de la alameda...
Momentos después volvías
toda vestida de seda.

Al día siguiente, al verte,
enmudecí; no eras tú:
venías como una reina,
con un manto de tisú.

Perdías trabajo y tiempo
con tan pueriles antojos;
que no era en tus atavíos
donde fijaba mis ojos.

Fuese cual fuese tu traje,
eras para mí una rosa,
pero siempre suspiraba
por mirarte más hermosa.

Al fin, tal hora llegó,
mitigando mi impaciencia;
fué cuando a mí te acercaste
revestida de inocencia.

¡Entonces sí que eras linda!
Tan rica y de encanto tal,
que fijando en ti mis ojos,
cegué para no ver más.

ALVARO DE LAS CASAS.

Desilusión

Me dijiste que vendrías,
y yo, con grande presteza,
puse rosas en la puerta
y un plato más en la mesa.

En tu lugar coloqué
cuanto de más rico guardo:
un buen tenedor de oro
—porque es el mío de estaño—

Como faltaste, las truchas,
brillantes como de plata,
en vez de comerlas yo,
las tiré para mi gata.

ALVARO DE LAS CASAS.

Vaso de elección

¡Oh, señora de los ojos castaños,
cáliz sagrado de mi idea!...
¡Oh divina estación de baños
donde mi alma veranea!

Desde el fondo de mi pantano,
desde mi profundo destierro,
escuché tu voz celestial
—baile blanco tras de un entierro.

Llegó a mí tu voz de cristal,
como un vino de astrales viñas,
y, a la luz de la luna de platino,
partí tras las huellas divinas

de tu amor, mi soñada Meca,
penetrante de frangipana,
amor que del mal que me obsede
es soportal, refugio y otomana.

Forajido de un mundo falso
donde estuve en áspero exilio,
polvoriento, roto, descalzo,
a ti llego implorando auxilio.

De mi pecho débil y enfermo
tus miradas las penas purifican,
tus miradas, lámparas ardientes,
resplandecientes como las reliquias.

¡Ten piedad! Mi melancolía,
núbil señora, haz que se diluya
en el crepuscular remanso
de tus ojos, blanca Aleluya.

Sé, ¡oh Lis feudal no abierto todavía!,
¡oh alma y fina Alma suave y tierna!,
el oasis de mi desierto,
la estrella azul de mi cisterna.

Y sé el huerto del hospital,
el huerto amigo, la cerca inmensa
toda verde y crepuscular,
donde pasee mi convalecencia.

Dame fuerza en el Sufrimiento,
melifica mis negros males;
que tu voz, amoroso unguento,
sea el Angelus de mi tarde.

Que tu algente rostro de Hostia
repose, tímido, en mi hombro;
que me revista tu blancura de Hostia
como un velo humeral, majestuoso.

Sé tú el sisimbrio y la escalonia,
la juncia, el nardo, el ciclamén,
y aromatízame, per omnia
saecula saeculorum. Amén.

JUAN G. OLMEDILLA.

Por la paramera, en la noche

Van por las gándaras y las dunas
los lobos flacos de agudos hocicos,
de hocicos agudos como clavos,
por las algaidas y los páramos.

En una pavorosa manada
—ojos fosfóricos, famélicos—,
andan, andan, buscando cena.
Fosfóricos ojos hambrientos...

Por el vasto erial, entre las dunas,
yerra un niño perdido,
yerra un niño perdido, llorando
por las landas y por los médanos.

¡Señor Dios de misericordia,
protege al niño rosado,
protege al rosado niño,
Señor Dios de misericordia!

Porque en las gándaras y en las dunas
acechan los lobos famélicos,
los lobos de dientes terribles,
en las algaidas y los páramos...

JUAN G. OLMEDILLA.

Cuando la muerte llegue

Y será en un madrugada pálida,
cuando la muerte llegue...
Quiero que junto a mí estés, medrosa y pálida,
cuando la muerte llegue...
Y nos conmoverán nuestros propios dioses
cuando la muerte llegue...
Y he de decir adiós
a tus ojos dolientes como dioses,
cuando la muerte llegue...
Y cubrirán de arena nuestra calle
cuando la muerte llegue,
por apagar el ruido
de los carros que pasen por la calle,
cuando la muerte llegue...
Y tú irás a buscar las colchas de Damasco,

cuando la muerte llegue,
y extenderás sobre mi lecho
las rojas colchas de Damasco
cuando la muerte llegue...

Y las graves campanas, lentas,
anunciarán la Extremaunción
cuando la muerte llegue,
y el sacerdote ha de venir
para darme la Extremaunción,
cuando la muerte llegue...

Y el pueblo, en la escalera,
cantará el Benedictus,
cuando la muerte llegue,
y te estremecerás oyendo el Benedictus
cuando la muerte llegue...

Parpadeará la lamparilla
entre los frascos de potingues,
cuando la muerte llegue...

Y el enfermo cesará
de abrumarse con sus potingues
cuando la muerte llegue...

Y mi alma estará en plena confusión, ¡oh Dios!,
cuando la muerte llegue,
viendo inminente su ascensión

a la mansión de Dios,
cuando la muerte llegue...

Y el reloj familiar del comedor
derramará las horas
cuando la muerte llegue,

y entonces estarán contadas ya mis horas,
cuando la muerte llegue...

Y abatiré la frente en la almohada,
cuando la muerte llegue,
y agitarás en vano

mi cabeza, abatida en la almohada,
cuando la muerte llegue...

Y al contemplar inmóviles mis ojos,
cuando la muerte llegue,
compadecida, cerrarás mis ojos,
cuando la muerte llegue...

Dos Hermanas de Caridad

han de velar junto a mi lecho,
cuando la muerte llegue,
y no te apartarás un solo instante de mi lecho,
cuando la muerte llegue...

Y como mi cadáver

ha de tener también un ataúd,
cuando la muerte llegue,
un hombre funerario

vendrá a medirme para el ataúd,
cuando la muerte llegue...

Y vestirán mi cuarto de trabajo de luto,
cuando la muerte llegue;

los servidores vestirán de negro

y tú de riguroso luto
cuando la muerte llegue...

De los balcones cerrarán las puertas,
cuando la muerte llegue,

y apenas podrá entrar

la luz por los resquicios de las puertas,
cuando la muerte llegue...

Y abatirás los párpados sobre tus pobres ojos,
cuando la muerte llegue,

y se humedecerán tremelucientes

de lágrimas, tus ojos,

cuando la muerte llegue...

E invadirá la casa un fuerte olor de espliego,
cuando la muerte llegue,

y tu cabeza se trastornará al olor del espliego,
cuando la muerte llegue...

Y pisarán las gentes de puntillas,
cuando la muerte llegue,

y será pintoresco

ver toda la gente de puntillas

cuando la muerte llegue...

Y el reloj familiar

—nadie se ocupará de darle cuerda—

dejará de dar horas,

cuando la muerte llegue;

y transcurridas veinticuatro horas,

cuando la muerte llegue,

en sus sobrepellices

irrupirán los Padres y el Prior,

cuando la muerte llegue;

de terciopelo negro será la estola del Prior,

cuando la muerte llegue...

Y tú, que me has mirado tantas veces,
cuando la muerte llegue,
has de querer mirarme aún otras tantas,
cuando la muerte llegue...

Y enjugando tu llanto en el pañuelo,
cuando la muerte llegue,
sobre mi rostro, ya de marfil viejo,
tenderás tu pañuelo,
cuando la muerte llegue...

Y han de llevarme luego hacia la iglesia,
cuando la muerte llegue...

Y se dirá el responso al enfrentar la iglesia,
cuando la muerte llegue...

Después me llevarán al cementerio
cuando la muerte llegue,
y por ver el entierro del poeta,

invadirá la turba el cementerio,

cuando la muerte llegue...

Y alguien abrirá allí mi pesado ataúd,
cuando la muerte llegue;
y echará cal y tierra en mi ataúd,
cuando la muerte llegue...

Tú no podrás dormir esa noche un instante,
cuando la muerte llegue,
y te ha de parecer un siglo cada instante,
cuando la muerte llegue...

Y por mi alma mandarás rezar trescientas misas
cuando la muerte llegue,

y ya no saldrás más que para oír misas,
cuando la muerte llegue...
Y nadie volverá a ver tus dulces ojos,
cuando la muerte llegue,
y ya no habrá jamás alegría en tus ojos.

JUAN G. OLMEDILLA.

Balada

Un hospital de viejas alienadas,
sin jardín, sin hermanas, ni enfermeras;
famélicas, las pobres desvariadas,
tenían la blancura de las sábanas.

En los jarrones del altar
habíanse secado ya las flores
de la última novena.
Y la hierba crecía
en los claustros conventuales...
Mas tú, apacible y fraternal, llegaste.

Nadie cuidaba de las viejas locas...
Planeaba ésta rútilos viajes;
aquélla, megalómana,
creía poseer castillo, manto, pajes;
otra, fantaseaba sensuales
refinamientos de lujuria;
pero la más serena
soñaba amores espirituales...
Mas tú, apacible y fraternal, llegaste.

Un incendio voraz, como un ocaso,
destruyó el manicomio en roja furia.
De las viejas salvóse únicamente
la que soñó platónicos idilios.
Pero en su cuerpo, ¡cuánta quemadura!
Hasta el cabello se quemó. ¡Qué pena
verla entre los escombros humeantes!
Mas tú, apacible y fraternal, llegaste.

Envío

Princesa, a ti mis versos.
Si tú, blanca y risueña,
la orgía de las llamas no afrontases,
la pobre vieja loca hubiera muerto.
Mas tú, apacible y fraternal, llegaste.

JUAN G. OLMEDILLA.



AUGUSTO GIL

La canción de las perdidas

I

Quien por amor se perdió
no llore, no tenga pena.
Tal vez la santa mejor
es María Magdalena.

II

Mi madre fué lo que soy,
yo soy lo que tantas son.
¡Qué triste herencia te doy,
hija de mi corazón!

III

Cuando mi padre murió
aún era yo muy pequeña;
porque entonces se murió
hoy no se muere de pena.

IV

¿Puede existir quien afrente
a una mujer al caer?
El agua es limpia en la fuente...
¡La ensuciamos al beber!

V

Para aquel que me robó
mis virtudes de doncella,
otras honras no le doy,
porque... sólo tuve aquella.

VI

Un mismo fado nos hiere,
¡oh, fuente de agua cantante!:
se detiene quien te quiere,
y quien no, pasa adelante.

VII

Este mi amor, por amarlo
hizo en mi pecho una llaga;
me apuñaló. Mas, dejadlo,
porque, al menos, no me paga.

VIII

Si toda el agua del mar
por estos ojos llorara;
se había de confirmar
que soy la más desgraciada.

IX

¿Cómo quiere ver riente
a este país desgraciado?
Sólo se enseña a la gente
en escuelas de pecado.

X

Dormía mi corazón
cansado de fingimiento;
me pegaste, y despertó
¡tan sólo en este momento!

XI

Si todo lo que se siente
pudiese aquí dentro hablar,
no mucha, toda la gente
nos vendría a consolar.

ALVARO DE LAS CASAS.

TEIXEIRA DE PASCOAES

A medida que crece

A medida que crece
la noche sobre mí,
más próxima y real
se hace tu aparición:
tus dos ojos de sombra,
tu rostro de marfil,
tu voz, en un murmullo de oración.

Virgen de la tristeza...
Tus pasos oigo... Veo
impresos sobre mi alma
tus pies... ¡Oh, dulce hechizo!
Vienen de lejos... vienen
sonriendo a darme un beso
tus labios, que la tierra ya deshizo.

Tu contacto espectral
de sombra enamorada
disuélveme en silencio
y en lívido pesar...

Mi pobre vida queda
extática, abismada
en una hondura lúgubre de amor...

MARISTANY.

Canción de una sombra

¡Ah!, si no fuese niebla matutina
y aquella ventanita en que me vió
escuchando la voz de tantas cosas,
yo no era lo que soy.

Si no fuese esta fuente que lloraba
y cantaba también, y que secó...
y este sol que comulgo de rodillas,
yo no era lo que soy.

¡Ah! Si no fuese este lugar que llama
espectros a la vida, y se infiltró
como flúido mágico en mi ser,
yo no era lo que soy.

Y si la estrella vésper no brillase;
y si no fuese el viento que arrulló
corazón y las nubes de mis besos,
yo no era lo que soy.

¡Ah! De no ser la noche misteriosa
que mis ojos de sombra ya pobló,
y de voces sombrías mis oídos,
yo no era lo que soy.

Sin esta tierra honda y hondo río
que olas levanta en vuelo de condor,
sin estos yermos montes y arboledas,
yo no era lo que soy.

ALVARO DE LAS CASAS.

La sombra del pasado

Mi casa viejecita, entre los árboles,
que diluye la niebla en formas vagas,
rectas de bruma y curvas de secreto
y diluídos ángulos de sombra...

¡Mi viejecita casa abandonada
y triste, cuando el sol le dice adiós!
Y al ascender la luna aureolada,
fantástica se torna y transfigura
y me contempla y habla... ¡Misteriosa

casa en que vagas, sombra mía, siempre!
Y vas entremostrando tu esqueleto
de piedra, y tus postigos sin cristales,

negros y hondos huecos que parecen
cadáveres que miran, insondables,
miradas siempre fijas, insistentes,
de inquietud y de inercia imperturbables...

Vieja casa, que el sol calienta y dora,
y el lunar en las tardes otoñales
espíritu y penumbra la infunde,
diluídos en formas espectrales...

¡Vieja casona! Oh puertas oscilando,
que con sus manos descoyunta el viento,
ablandadas con el contacto blando
de largos dedos húmedos de lluvia.
Tristes ruinas que el placer deshace,
hondo placer del tiempo sexual
que todo abraza y besa, y todo funde
en su pecho quimérico, espectral...
para que todo, en nuevo sentimiento,
en nuevo amor más alto y más profundo,
en alegría nueva y dolor nuevo
para otra vida surja en otro mundo.

Viejo patio, mirando hacia el Naciente
tal como un templo celta, con ortigas
que al ímpetu vital e inconsciente
nacen en propia piedra, que a pesar
de haber sido cortada y trabajada
por el hierro que muerde, esteriliza,

y deja, tantas veces, incendiada,
conserva aún en su pecho claras selvas.

¡Oh mi santa casita, entre los árboles!
¡Oh lágrimas! Con salas y ventanas
donde yo a veces oigo, por encanto,
pasos de la Saudade, que se va
a lejanas estrellas..., nebulosas...
dándoles aún más luz en lo Infinito,
y dando así más agua pura y virgen
a mis ojos y a las nubes del Señor.

¡Mi casa viejecita! Cierta noche
llegué y batí a tu puerta. Más fué en vano.
Estabas triste y sola, y yo llamaba
como late en mi pecho el corazón.
Y unos golpes siniestros, de repente,
sonaron en tus salas inundadas
de silencio y de sombra... Y nuevamente
batí, batí, batí... ¡Nadie repuso!

Y me miré a mí mismo y me vi solo
en esa noche muerta, sin estrellas...
Era un rostro confuso mi casona,
con sus huecos de puertas y ventanas
y misteriosas formas blanquecinas
en torno a la penumbra murmuraban.
Fuera, el lunar llovía su tristeza
sobre el Todo, extasiado de Infinito...

Y vi sombras que huían en convulso
batir de alas trémulo. El silencio
pasó huyendo por mí..., pero en mi pulso
hubo incendios y pálidos desmayos.
El silencio y las sombras se perdieron
y el pálido lunar... y el alto cielo
y se hundió todo como en mar de nieblas,
¡y cara a cara me encontré con Dios!

ALVARO DE LAS CASAS.

La sombra de Jesús

Entre el sombrío y bíblico arboledo
del jardín donde Cristo reposaba,
en ensoñando albor, suave y quedo,
se hizo una luz que al aire se elevaba.

Más bien era una niebla que doraba
cielo y tierras, y casi dando miedo
por un milagro extraño, ella tomaba
diversas formas, entre el arboledo.

Era Jesús. Y luego Magdalena,
en esa alba genérica y serena,
corrió al encuentro de El, enloquecida.

Fué a besarle, abrazarle con fervor...
Mas Jesús era amor, sueño, dolor;
era vida sin cuerpo, sólo Vida.

ALVARO DE LAS CASAS.

ENRIQUE PAÇO D'ARCOS

Vía Dolorosa

¡Es mi camino incierto y no soñado,
una íntima Vía Dolorosa!

Voy a través de noche misteriosa
por las rutas lejanas del pasado.

Voy por la noche negra y silenciosa,
de esta tristeza mía acompañado,
y encuentro en cada una un cuidado
y la imagen de mi ser en cada cosa.

Místico infante, humilde peregrino;
como nieve entregada al viento vario
sigo entre la noche a mi destino.

Imploro a Dios llevando las manos a la altura,
¡como Jesús yo tengo mi Calvario,
y tengo mi Vía Sacra de amargura!

M. M.

El encubierto

Don Sebastián de mí mismo,
a mí mismo ando a buscar,
y un amanecer de niebla
a mí mismo he de tomar.

Yo soy aquel encubierto
que en una tarde sin fin
en lo árido del desierto
me perdí dentro de mí.

¿Cuándo vendrás, madrugada,
en que habré de resurgir
de la tarde desgraciada
de nuestro Alcazarquivir?

ALVARO DE LAS CASAS.

F I N

INDICE

	<u>Páginas</u>
PRÓLOGO	5
ROMANCES TRADICIONALES:	
Ruy Cid e o Rei Bucar.....	21
Conde Ninho.....	23
A nau Catrineta.....	24
Da doncella que foi a guerra.....	27
Flores e Brancaflor.....	31
Santa Iria.....	35
Don Duardos e Flérida.....	37
RUY FERNÁNDEZ DE SANTIAGO:	
Barcarola	41
REI D. DENIS:	
Cantar de amigo.....	43
MENDINHO:	
Cantar de amigo.....	45
ANÓNIMOS:	
Serranilla popular.....	47
Cantiga sagrada de folia.....	48
GARCÍA DE RESENDE:	
Trova a la muerte de Doña Inés de Castro.	49
GIL VICENTE:	
Exhortação a guerra contra os mouros de Azamor (1513).....	53
La barca del Señor.....	58
Vilancete de Abel Pastor.....	58

	<u>Páginas</u>
BERNARDINO RIBEIRO:	
Cantar de ama, a maneira de soleo.....	61
Cantar romance.....	63
CRISTOVAL FALCAO:	
Noites de insomnio.....	67
Cantiga aos seus olhos.....	71
DON FRANCISCO DE PORTUGAL, CONDE DO VI-	
MIOSO:	
Cantiga	73
CAMOENS:	
Soneto	75
Soneto I.....	77
Soneto XV.....	78
Soneto XX.....	78
Soneto CXLIII.....	79
Soneto III.....	80
Soneto IX.....	81
Soneto CXII.....	81
VOLTAS:	
A este cantar viejo.....	87
FRANCISCO SA DE MIRANDA:	
Outono	89
ANTONIO FERREIRA:	
Soneto a morte de sau mulher.....	95
Aos bons engenhos.....	96
PEDRO DE ANDRADE CAMINHA:	
Endecha	97
D. Manoel de Portugal.....	98
A este cantar viejo.....	99
A este cantar viejo.....	100
DON FRANCISCO MANUEL DE MELLO:	
Soneto festivo.....	101

DIEGO BERNARDEZ:	
Soneto	103
FRANCISCO RODRÍGUEZ LOBO:	
Vilancete	105
Soneto	107
FERNANDO CORREA DE LA CERDA:	
Soneto	109
FRANCISCO DE SA E MENESES:	
Mote	111
Glosa	111
FRANCISCO MANUEL DE MELLO:	
Apologo da morte.....	113
PEDRO ANTONIO CORREA GARÇAO:	
Cantata	115
MANUEL MARIA BARBOSA DU BOCAGE:	
A Camoens	117
A constancia do sabio, superior a os infor- tunios	118
Sentimientos de contricao e arrependi- mento	118
Retrato proprio.....	119
Oda anacreóntica.....	120
ALMEIDA GARRET:	
Os cinco sentidos.. ..	121
Cascaes	122
Nao es tu.. ..	125
FRANCISCO DE SA DE MIRANDA:	
Diálogo de duas moças.....	127
ALEXANDER HERCULANO:	
La tempestad.....	129
ANTONIO FELICIANO CASTILHO:	
A visao.....	131

ANTONIO AUGUSTO SOARES PASSOS:	
O Firmamento.....	135
JOSÉ DA SILVA MENDES-LEAL:	
O pavilhao negro.....	137
JOSÉ SIMOES-DIAS:	
A tua voca.....	139
JULIO DINIZ:	
Trigueira	143
TOMÁS RIVEIRO:	
A Portugal.....	145
FRANCISCO GOMES DE AMOSIN:	
O desterrado.....	147
ANTHERO DE QUENTAL:	
Solemnia verba.....	149
Sonho oriental.....	150
Entre sombras.....	150
Sepultura romántica.....	152
O que diz a morte.....	153
JOAO DE DEUS:	
A vida.....	155
Espitafios	159
Carta	159
Adoração	163
ANTONIO CÁNDIDO GONÇÁLVEZ CRESPO:	
Alguem	165
GOMES LEAL:	
Los apóstoles	167
Los caballeros	167
ANTONIO NOBRE:	
¡Pobre tísica!.....	173
Soneto	175

Páginas

Tu mirar	176
Soneto	177
Rosa de té.....	177
GUERRA JUNQUEIRO:	
La morena.....	179
Eras a la Luna.....	181
Canción perdida.....	182
La molinera.....	185
Los pordioseros.....	187
EUGENIO DE CASTRO:	
Pesumida	191
Desilusión	192
Vaso de elección.....	193
Por la paramera, en la noche.....	195
Cuando la muerte llegue.....	196
Balada	201
Envío	202
AUGUSTO GIL:	
La canción de las perdidas.....	203
TEIXEIRA DE PASCOAES:	
A medida que crece	207
Canción de una sombra	208
La sombra del pasado	209
La sombra de Jesús	212
ANRRIQUE PAÇO D'ARCOS:	
Vía dolorosa	213
El encubierto.	214

BIBLIOTECAS POPULARES

CERVANTES

Las cien mejores obras de la literatura española

TOMOS PUBLICADOS

- 1-2. *Santa Teresa de Jesús*.—Libro de su vida.
3. *Quevedo*.—Vida del Buscón.
4. *Campoamor*.—Doloras, Pequeños poemas y Humoradas.
5. *Larra*.—El pobrecito hablador.
6. *Góngora*.—Poesías.
7. *Moratin*.—La comedia nueva y El sí de las niñas.
8. *El Romancero del Cid*.
9. *Lazarillo de Tormes*.
10. *Tirso de Molina*.—El burlador de Sevilla.
11. *Espronceda*.—El Diablo Mundo.
- 12-13. *Bulmes*.—El Criterio.
14. *Cervantes*.—Novelas ejemplares: *La Gitanilla, Riconete y Cortadillo.
15. *Calderón*.—El Alcalde de Zalamea.
16. *Garcilaso*.—Poesías.
17. *R. de la Cruz*.—Sainetes.
18. *Lope de Vega*.—La discreta enamorada.
19. *Vélez de Guevara*.—El Diablo Cojuelo.
20. *Cadalso*.—Optica del cortejo y Los eruditos a la violeta.
21. *Cervantes*.—Entremeses.
22. *Cabeza de Vaca*.—Naufragios.
23. *Fray Luis de León*.—La perfecta casada.
24. *P. A. de Alarcón*.—Verdades de paño pardo y otros escritos olvidados.
25. *Moreto*.—El desdén con el desdén. Entremeses.
- 26-27. *Gil y Carrasco*.—El señor de Bembibre.

28. Antología de la lirica gallega.
29. *Jovellanos*.—Obras selectas.
30. Historia del Abencerraje y de la hermosa Jarifa y otros cuentos.
31. *Saavedra Fajardo*.—República literaria.
32. *Pérez de Oliva*.—Diálogo de la dignidad del hombre y otros escritos.
33. *Gracián*.—Oráculo manual.
34. *Arolas*.—Poesias.
- 35-36. *Espinel*.—Vida del Escudero Marcos de Obregón.
37. *Fray Luis de León*.—Poesías.
38. *Iriarte*.—Los literatos en Cuaresma. La librería. Fábulas.
- 39-40. *Bécquer*.—Obras escogidas.
41. *Lucas Gracián Dantisco*.—Galateo español.
42. *Lope de Rueda*.—Registro de representantes. El deleitoso.
43. La historia de los dos enamorados. Flores y Blancaflor.
44. *Lope de Vega*.—Peribáñez y el Comendador de Ocaña.
45. *Pero Mexía*.—Diálogos.
46. Poema del Cid.
47. *Pardo Bazán*.—El cisne de Vilamorta.
48. *Verdaguer*.—Antología lírica.
49. *Harzenbusch*. Los amantes de Teruel.
50. *M. de la Rosa*.—La conjuración de Venecia.
51. *J. de Timoneda*.—El patrañuelo.
- 52-53. *F. Manuel de Melo*.—Guerra de Cataluña.
54. *G. de Castro*.—Las mocedades del Cid.
55. *Calderón*.—Autos Sacramentales. El gran teatro del mundo y La vida es sueño.
56. *Ruiz de Alarcón*.—La verdad sospechosa.
57. *Gil Polo*.—La Diana enamorada.
- 58-59. *Don Juan Manuel*.—El conde Lucanor.
60. *Rojas Zorrilla*.—Entre bobos anda el juego.
61. *Cervantes*.—Viaje del Parnaso.
- 62-63. *Diego Hurtado de Mendoza*.—Guerra de Granada.

- 64-65. *Lope de Vega*.—La Dorotea.
 66-67-68. *Baltasar Gracián*.—El Criticón.
 69-70. *Castelar*.—Ernesto.
 71. *Tirso de Molina*.—Don Gil de las calzas verdes.
 72. *Marqués de Santillana*.—Obras escogidas.
 73. *L. F. de Moratín*.—Epistolario.
 74. *Lope de Vega*.—El villano en su rincón.
 75. *García Gutiérrez*.—El trovador.
 76. *Berceo*.—Milagros de Nuestra Señora.
 77. *Vélez de Guevara*.—Reinar después de morir. La luna de la Sierra.
 78. *Forner*.—Exequias de la lengua castellana.
 79. *García de la Huerta*.—La Raquel.
 80-81. *Lope de Vega*.—Pastores de Belén.
 82-83. *Calila e Dymna*.
 84. *Calderón*.—La vida es sueño.
 85. *Cervantes*.—Novelas ejemplares: **El licenciado Vidriera. El coloquio de los perros.
 86. *Mira de Amescua*.—El esclavo del demonio.
 87-88. *J. de Montemayor*.—Diana.
 89. *Torres Villarroel*.—Vida.
 90-91. *Fr. Luis de Granada*.—Guía de pecadores.
 92. *Lope de Vega*.—Porfiar hasta morir. Fuente Ovejuna.
 93. *Cervantes*.—Novelas ejemplares: ***La ilustre fregona. La fuerza de la sangre.

Las cien mejores obras de la literatura universal
TOMOS PUBLICADOS

1. *Perrault*.—Cuentos de viejas.
2. *Aristóteles*.—La política.
3. *Chateaubriand*.—Novelas.
4. *Leopardi*.—Poesías.
5. *Los poetas griegos*.
6. *Washington Irving*.—Apuntes literarios.
7. *Edgar A. Poe*.—Obras escogidas.
8. Antología de la lírica portuguesa.
- 9-10. *Julio César*.—Los comentarios de la guerra de Francia.

- 11-12-13. *Jonathan Swift*.—Viajes de Gulliver.
14. *Shakespeare* *.—Macbeth.
- 15-16. *San Agustín*.—Las Confesiones.
17. *Luciano*.—Diálogos.
18. *Bandolio*.—Novelas.
19. *Wagner* *.—Lohengrin. El buque fantasma.
20. *Dostoiewski*.—Las noches blancas. Ilucha.
21. *Esquilo*.—La Orestiada.
22. *Sterne*.—Viaje sentimental.
23. *Kalidasa*.—El reconocimiento de Sakuntela.
24. *Goethe*.—Hermann y Dorotea.
- 25-26. *V. Hugo*.—Han de Islandia.
27. *Carlos Dickens*.—Canción de Navidad.
28. *Puchkin*.—Dubrovsky, el bandido ruso.
- 29-30-31. *Walter Scott*.—El anticuario.
32. *Almeida Garret*.—Fr. Luis de Sousa.
33. *Thackeray*.—Aventuras de un fanfarrón.
34. *Salustio*.—La conjuración de Catilina y La guerra de Yugurta.
35. *Hoffmann*.—Cuentos escogidos.
36. *Eurípides*.—Tragedias * Medea. Hipólito.
37. *Gogol*.—Tarás Bulba.
38. *Stevenson*.—El caso extraño del doctor Jekyll y Mr. Hyde.
39. *Andreiev*.—Cuentos escogidos.
40. *Dante*.—Divina Comedia * Infierno.
41. *Molière*.—Don Juan.
42. *Tolstoi*.—Cuentos.
43. *Dante*.—Divina Comedia. ** Purgatorio.
44. *Dante*.—Divina Comedia. *** Paraíso.
45. *La Rochefoucauld*.—Máximas y sentencias morales.
46. *De Foe*.—Robinsón Crusoe *.
47. *Lamartine*.—Graziella.
48. *De Foe*.—Robinsón Crusoe. **.
49. *Goldoni*.—La locandiera.
50. *Goldsmith*.—El vicario de Wakefield.
- 51-52. *Goethe*.—Fausto.

53. *Wágnier*.—El anillo del Nibelungo.
54. *Shakespeare*.—Hamlet.
55. *Schiller*.—Los bandidos.
56. *Heine*.—El libro de los cantares.
57. *Cooper*.—El pirata rojo.
58. *Nodier*.—Cuentos: Inés de las Sierras. Sor Beatriz.
59. Libros poéticos de la Biblia *.
60. *Nerval*.—La mano encantada. Paseos y recuerdos.

Las cien obras educadoras

TOMOS PUBLICADOS

1. *Angel Valbuena Prat*.—La poesía española contemporánea.
2. *Rafael Seco*.—Manual de Gramática española. * Morfología.
3. *Rafael Seco*.—Manual de Gramática española. ** Sintaxis.



CLAP

PRINTED IN SPAIN

